

matar con reclamo

clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

CLARK CARRADOS

MATAR CON RECLAMO

Colección PUNTO ROJO n.º 578

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 12.332 - 1973

ISBN 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1973

© CLARK CARRADOS - 1973
texto.

© MIGUEL GARCIA - 1973
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.323. — Disparando en la sombra.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.188. — ¡No te burles de la maldición!
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.019. — Violencia en la pradera.
- En Colección CALIFORNIA:
812. — Abogado de revólver.
- En Colección KANSAS:
717. — Tumba para un hombre malo.
- En Colección BRAVO OESTE:
526. — Clave para el asesino.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
818. — El fin de la cuenta.
- En Colección ASES DEL OESTE:
635. — La siete chicas de oro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
103. — El rastro del oro es rojo.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
51. — La muerte tiene su propio banco.

CAPITULO PRIMERO

Los altavoces del aeropuerto de Helsinki resonaron con fuerza, llamando a los pasajeros para el vuelo a Berlín Occidental, a la vez que les señalaban la puerta hacia la cual debían dirigirse. Un atildado caballero, de unos cuarenta y tantos años, se puso en pie y empezó a caminar con parsimonia.

En la mano derecha llevaba un portafolios de color negro. La aglomeración de gente era notable. A veces tenía que apartarse para no chocar con alguien y viceversa.

Cerca de la puerta se encontró con una repentina aglomeración de personas. Un individuo, alto, robusto, de rostro impersonal, chocó con él.

—Dispense —murmuró el sujeto, a la vez que continuaba su camino.

El viajero no dijo nada. Dio unos cuantos pasos y, de repente, se desplomó al suelo.

Inmediatamente, se produjo un pequeño revuelo. Alguien intentó socorrer al caído. Otros llamaron a un médico.

Acudieron algunos policías del aeropuerto. El viajero caído respiraba cada vez con más dificultades. Su rostro tenía ya una siniestra coloración cianótica.

Un hombre, con un maletín en la mano, se abrió paso.

—Por favor... Soy médico... Déjenme pasar —rogó.

La gente se apartó. El galeno se arrodilló al lado del caído y frunció el ceño al ver su aspecto.

—Haga que llamen a una ambulancia en el acto —ordenó al jefe de los policías.

—Sí, doctor, al momento.

Mientras un policía corría al teléfono más cercano para avisar a los servicios de socorro del aeropuerto, el médico abrió su maletín y se dispuso a propinar una inyección reanimante al viajero. Pero no tuvo tiempo de hacerlo.

El cuerpo del viajero sufrió de pronto una fuerte convulsión. Luego sus movimientos cesaron poco a poco.

El médico meneó la cabeza y dijo:

—Este hombre ha muerto.

El hombre del rostro impersonal contempló la escena desde un lugar próximo. Las palabras del galeno llegaron claramente a sus oídos.

Sus facciones continuaron impenetrables. Giró sobre sus talones y se unió al grupo de pasajeros que, ajenos a lo ocurrido, se dirigían al avión que iba a llevarles al aeropuerto de Tempelhof, en el Berh'n Occidental.

Aquel mismo día, desde Tempelhof, puso un radiograma dirigido a una persona que residía al otro lado del Atlántico. El contenido del mensaje era el siguiente:

«Conseguida primera remesa sin dificultades. Espero instrucciones.

»*Martin Morgan.*»

Veinticuatro horas más tarde, en el propio hotel del aeropuerto, Martin Morgan recibió un telegrama procedente de Estados Unidos:

«Felicitaciones éxito conseguido. Espere instrucciones en hotel Bourgogne de París. Recibirá fondos. Director empresa.»

Morgan sonrió satisfecho. El «director de la empresa» sería generoso con él. Y todavía lo sería más cuando consiguiera su «segunda remesa».

Era una clave muy sencilla. Morgan estaba seguro de que dos personas solamente, el «director» y él, sabían que la palabra «remesa» significaba víctima.

La satisfacción de Morgan era doble. París era una ciudad estupenda para aguardar nuevas instrucciones de su «director».

Silbando alegremente, se encaminó al teléfono a fin de encargar un pasaje para el próximo avión que despegara de Tempelhof rumbo a la capital de Francia.

* * *

La aguda vista del doctor Kokkalvi, forense policial, descubrió casi de inmediato el diminuto orificio que el cadáver tenía en el lado izquierdo del pecho, casi cerca de la cintura.

El médico del aeropuerto le había comunicado los síntomas observados en el viajero muerto repentinamente. El doctor Kokkalvi empezó a sospechar la verdad y sus sospechas se confirmaron cuando hubo terminado la autopsia.

Una vez desinfectado y cambiado de ropa, tomó el teléfono y llamó al comisario Uukinnon. Era el encargado de lo que se creía un asunto de rutina: el súbito fallecimiento de un viajero por colapso cardíaco.

—Comisario, ya tengo el resultado de la autopsia —dijo el forense.

—Nada interesante, supongo —dijo Uukinnon, entre bostezo y bostezo.

—Se equivoca usted, amigo mío. La policía está ahora frente a un caso de asesinato.

—¿Cómo, doctor? ¿Está seguro de lo que dice?

—Absolutamente, comisario. Brod Cuthson murió asesinado, a consecuencia de haberle sido inyectada en el cuerpo una dosis de *curare* suficiente para despoblar Laponia de renos.

Uukinnon se sentía estupefacto.

—Pero, ¿cómo, doctor? ¿En pleno aeropuerto? —murmuró, sin acabar de creer en las noticias que le llegaban a través del hilo telefónico.

—Efectivamente, en pleno aeropuerto. Pero averiguar quién fue el autor y cómo lo hizo, es cosa ya de su incumbencia. Yo ya he hecho mi parte; luego le enviaré un informe detallado por escrito. Adiós, comisario.

Uukinnon se sintió abrumado al conocer los motivos de la muerte del viajero. Era una situación completamente nueva para él y lo malo era que no tenía la menor idea de cómo empezar para desentrañar el hilo de tan complicado ovillo.

* * *

La mujer era alta, de abundantes cabellos negros y cuerpo singularmente esbelto. Además, tenía los ojos verdes, lo que para Cliff Dannon era el *súmmum* de la belleza.

Dannon estaba tomando una taza de café, encaramado en un alto taburete, cuando llegó ella. El lugar en que se hallaba Dannon era discreto y no solían acudir gentes de dudosa reputación. Kit, el *barman*, era muy buen amigo suyo.

A Dannon le picó la curiosidad de inmediato.

—Oye, Kit, dime, ¿quién es esa beldad? —preguntó.

Los ojos del *barman* fueron hacia la joven. Ella había tomado asiento en una mesa situada en un rincón y, tras cruzar las piernas, se disponía a encender un cigarrillo.

—Lo siento, no la conozco, señor Dannon —contestó el *barman*.

Dannon suspiró.

—Mi sueño hecho realidad —dijo—. Sólo que otro llegó antes que yo y ahora es su esposo.

Kit soltó una risita.

—Vamos, vamos, usted ha sido siempre un ardiente defensor de su soltería. No irá a decirme ahora que esa chica le haría abdicar de sus principios, ¿verdad?

—En este mundo, todos pensamos de una forma, hasta que encontramos algo que nos hace cambiar radicalmente de opinión. Si esa hermosa mujer estuviese soltera, yo me declararía un entusiasta partidario del matrimonio.

—Porque no está en mi pellejo, con mujer y cinco chicos... Perdón, señor Dannon; tengo que atender a un cliente.

Kit se alejó. Dannon sacó un cigarrillo y lo encendió.

De reojo, observaba a la joven; no quería pecar de indiscreto, mirándola impertinentemente. Pero le gustaba muchísimo.

Un hombre entró en la cafetería en aquel momento. Miró a derecha e izquierda, desde el umbral, como si buscara a alguien, y, de pronto, vio a la joven del pelo negro y los ojos verdes y echó a andar hacia ella.

Dannon frunció el ceño, sintiéndose repentinamente desilusionado. Conocía sobradamente al recién llegado y sabía que no había realizado una acción honrada en los días de su vida.

Se preguntó qué relación podría unir a Jack *el Ruso* con la muchacha. Quizá lo averiguase más tarde, se dijo.

CAPITULO II

Desde su observatorio, Dannon vio que el Ruso hablaba con la joven, apoyado en la mesa e inclinado hacia ella. La joven negaba enérgicamente con la cabeza.

Una vez, el Ruso levantó el dedo índice. A Dannon le pareció un claro gesto de amenaza.

De pronto, el individuo dio media vuelta y se acercó a la barra. La muchacha se puso en pie y salió a la calle.

—Hola, Jack —saludó Dannon, cortésmente.

Sorprendido, el Ruso volvió la cabeza. Reconoció al hombre que tenía a su lado e hizo una mueca de disgusto.

—¿Qué tripa se le ha roto, teniente? —masculló.

—Las tengo todas en perfecto estado. Y ya no pertenezco a la policía, Jack Ivanovitch —respondió Dannon.

—Sí, montó su propio bufete de abogado. ¿Le van bien los negocios?

—No puedo quejarme. Por lo menos, vivo más tran-

quilo, aunque de vez en cuando me encuentro a un tipo como tú y siento náuseas.

—A mi me pasa lo mismo con usted —dijo Ivanovitch sin inmutarse—. De modo que estamos a la par.

—Es posible, Jack. Oye, ¿quién es esa chica con la que hablabas hace un momento?

—¿Le importa mucho, teniente?

—Curiosidad solamente, Jack. Ella me pareció demasiado fina para tener relación con un tipo como tú.

Los ojos de Ivanovitch despidieron un chispazo de cólera.

—Cuidado, Dannon —dijo—. Ya no pertenece usted a la policía. Por tanto, si me molesta, le romperé la nariz de un puñetazo.

—Lo cual no impedirá que ella siga siendo una chica fina y distinguida y tú..., el tipo que eres. Pero aún no me has dicho su nombre, Jack.

Ivanovitch arrojó una moneda sobre el mostrador.

—Averigüelo usted mismo —rezongó.

Y se marchó, dejando a Dannon bastante decepcionado, porque no había podido conocer el nombre de la hermosa joven que tanto le había impresionado.

El bolso que Fay Loomis llevaba en la mano izquierda era de buen tamaño, lo suficiente para contener la falda que se quitó en el ascensor automático, que la llevaba al piso diecinueve. Fay quedó así con un *pullover* de

color negro y unas medias tipo ballet, también negras, lo cual cambiaba notablemente su apariencia.

Al llegar al término de su viaje, Fay abandonó el ascensor. Miró a derecha e izquierda del corredor.

Estaba desierto. Los empleados de las oficinas que trabajaban en aquel piso ya habían salido hacía rato.

Pero Fay sabía que había una oficina que todavía permanecería abierta. Se acercó a la puerta que buscaba y sacó del bolso un capuchón negro, que cubría por completo su cabeza, salvo los ojos y la boca.

En el bolso, además, llevaba otra cosa: un revólver de cañón corto y calibre «38».

Abrió cuidadosamente, sin hacer el menor ruido. Alguien hablaba por teléfono al otro lado del antedespacho en que ella se encontraba.

Sacó el revólver. La puerta del despacho estaba entreabierta. Las suelas de los zapatos de Fay tenían gruesas suelas de goma. El hombre que telefoneaba no se enteró de que tenía visita hasta que tuvo a la joven delante de sí.

En aquel instante, Lorrie Cargyll volvía el teléfono a la horquilla. Vio a la joven y se sobresaltó terriblemente.

—Oiga, ¿qué...?

—Silencio —dijo ella con voz deliberadamente grave—. No hable. Abra la caja fuerte y saque todos los billetes que tiene ahí.

—Pero...

El revólver apuntó directamente a la frente de Cargyll. Era éste un sujeto medio calvo y con abundantes grasas. Empezó a sudar casi en el acto.

—Le doy cinco segundos exactamente para que se levante —dijo Fay—. Estamos solos; nadie me ha visto entrar ni me verán salir. Y usted tiene enemigos de sobra para que la policía sospeche de muchos menos de mí.

—Una cochina jugada —calificó Cargyll entre dientes, disponiéndose, resignado, a cumplir la orden recibida.

La caja fuerte no estaba empotrada en la pared. Simplemente, tenía el aspecto de dos archivadores ordinarios, juntos. Pero no había cajones, sólo fachada.

Cargyll presionó un resorte y la fachada de supuestos cajones giró a un lado, dejando a la vista la puerta de la caja fuerte. Manipuló en la combinación y abrió.

Algo voló por los aires y cayó sobre su hombro izquierdo.

—Llene ese saquete —ordenó Fay.

Interiormente, Cargyll lloraba de rabia. Pero sabía de sobra que no podía resistirse.

El saquete quedó lleno al fin.

—Déjelo sobre la mesa y camine hacia el lavabo —dijo ella.

Cargyll obedeció. Por encima del hombro, dijo:

—Tengo amigos. Irán a buscarte, preciosa.

—Les daré una bienvenida muy especial —contestó Fay sin inmutarse.

Cargyll entró en el lavabo. Fay cerró con llave, que quitó luego de la cerradura. La puerta no era gran cosa y Cargyll acabaría por abrirla, pero le daría el tiempo suficiente para alejarse sin peligro de ser alcanzada.

En el ascensor se quitó el capuchón y se puso la falda rápidamente. Su aspecto había cambiado de nuevo cuando salió al vestíbulo del gran edificio.

Tenía el coche en las inmediaciones. Entró, se sentó tras el volante y dio el contacto.

Ahora haría una visita. Antes, sin embargo, cambiaría un poco su indumentaria y arreglaría los billetes en fajos adecuados. «Una hora todo lo más —pensó», mientras se adentraba en el intenso tránsito neoyorquino.

* * *

Cuando se sentía preocupado por algo, Dannon fumaba en pipa. La sujetaba con los dientes mientras, en mangas de camisa, se paseaba por la sala de su departamento, con unos papeles en la mano. Eran documentos de una defensa de la que se había hecho cargo días antes y el caso era bastante enrevesado.

A Dannon no le gustaba defraudar a sus clientes y menos fracasar en un juicio. Quería estar bien enterado del asunto antes de subir a estrados.

De pronto, llamaron a la puerta. Dannon miró hacia la entrada casi con rabia.

—¿Quién será a estas horas? —masculló.

Dejó los papeles a un lado y cruzó la sala. Abrió y se encontró de frente a frente con la hermosa desconocida a la que había visto aquella misma tarde.

—Us... usted... —tartamudeó. Le parecía estar bajo el influjo de un sueño.

—¿Me conoce, abogado? —preguntó Fay.

—La... la he visto hoy por primera vez... Oiga, yo estoy en la cama. Pronto despertaré y usted desaparecerá...

Fay rió suavemente.

—No soy la visión de un sueño —dijo—. Me llamo Fay Loomis y deseo

hablar con usted, señor Dannon. Quizá mi apellido le diga algo.

—Me suena, aunque no caigo... Pero, pase, por favor —exclamó él—. Dispense que la reciba así —añadió precipitadamente—. Estaba estudiando los documentos de una defensa que he de preparar...

Aturdido y nervioso, Dannon corrió en busca de su chaqueta, pero no la tenía a mano.

—¿Por qué se molesta, abogado? —dijo Fay—. ¿Es que cree que voy a asustarme de un hombre en mangas de camisa?

—Sí, claro, pero la corrección... ¿Quiere beber algo?

Fay hizo un signo negativo con la cabeza.

—Me conformo con un cigarrillo, muchas gracias. ¿Puedo sentarme, abogado?

—Oh, qué cabeza la mía. —Dannon se pegó una palmada en la frente—. Créame, estoy verdaderamente aturdido. Cualquier visita hubiera esperado, menos la suya.

Había una caja con cigarrillos en una mesita baja y fue a cogerla, pero, nervioso, se le volcó y los cigarrillos se le esparcieron por la alfombra. Dannon se puso a gatas y empezó a reunirlos de nuevo.

Fay se arrodilló para ayudarle.

—Abogado, no soy ningún fantasma —dijo, con suavidad—. Recóbrese, hombre.

Dannon miró de frente a la muchacha. Los rostros de ambos estaban a menos de dos palmos de distancia.

—No, no es un fantasma..., pero no se puede describir con palabras —contestó—. Oiga, no sé lo que me pasa: he conocido a muchas mujeres, he cumplido ya los treinta años y no soy un adolescente, pero delante de usted me siento como si lo fuera.

—Tendrá que empezar a pensar en su título de abogado —sonrió ella—. Puede que así se le pase el aturdimiento, señor Dannon.

—¿Viene usted a pedirme ayuda legal?

—Esa frase no define exactamente lo que yo quiero de usted —respondió Fay, ya sentada y con un cigarrillo en las manos—. Es algo mucho más complicado, tal vez peligroso, y, desde luego, con el aliciente de recibir veinte mil dólares por su servicio.

Dannon se sobresaltó al oír aquella cifra.

—¡Veinte mil dólares! —repitió.

—Ni un centavo menos —confirmó ella, a la vez que abría el bolso que llevaba y colocaba sobre la mesita un paquete cuidadosamente envuelto y sellado con papel de goma.

* * *

Dannon buscó una silla y se sentó frente a su hermosa visitante. Dejó la pipa y buscó un cigarrillo.

—¿Por qué quiere pagarme veinte mil dólares? —preguntó.

—Usted fue policía hasta el año pasado. No intervino en el asunto, pero, sin duda, recuerda el asunto de la Truck Security.

—Sí, claro. —Dannon chasqueó el nombre—. Ahora caigo..., Fue un atraco estúpido: los ladrones no pudieron llevarse un gran botín del camión blindado. Pero hubo un muerto.

—Joe Loomis, mi padre.

—Oh, cuánto lo siento. Realmente, como usted dice, yo no tuve ninguna relación con aquel caso. Sin embargo, recuerdo muchos detalles.

—Por eso he venido a verle. Usted ya sabe cómo se produjo el hecho.

—Sí, lanzaron el camión blindado por un barranco muy profundo. Dos de los guardias consiguieron escapar. El tercero...

—Era el jefe de la conducción y murió allí, aplastado por el camión. Mi padre, señor Dannon.

—Pero los atracadores estaban equivocados. Aquel día, el camión no transportaba apenas dinero. Sólo unos miles, señorita.

—Todo el mundo está equivocado. Había millón y medio.

—La compañía dijo que no...

—Fue un asunto hábilmente planeado desde el principio al final. Alguien, en la Truck Security, estaba en connivencia con los forajidos, y no sólo se puso de acuerdo con ellos, sino que planeó el golpe.

—Pero, bueno, ¿cómo pudieron robar millón y medio si, oficialmente, sólo había unos cuantos miles?

—El dinero viajaba en una caja especial, preparada de antemano, que fue colocada bajo la carrocería del camión blindado. El vehículo fue despeñado a fin de hacer creer a todo el mundo que era la mejor forma de abrir sus puertas. Pero ya había alguien en el fondo del barranco, esperando la llegada del camión. Y ese alguien fue quien se llevó la caja con el botín. Inteligente, ¿no?

—Si es cierto lo que usted dice, desde luego —convino Dannon—. Pero, ¿de dónde salió ese dinero, cuya pérdida no fue reconocida por la T. S.?

—Eso es lo que yo tampoco sé a ciencia cierta. Sin embargo, puedo decirle que hubo siete complicados: dos guardias, tres asaltantes y dos abajo en el barranco. Además del jefe, claro.

—Mucha gente me parece para que se guarde el secreto, señorita —dijo Dannon, dubitativamente.

—Así lo parece, pero así se realizó —insistió Fay.

—Bien, pero, ¿qué es lo que debo hacer yo en este caso? —preguntó Dannon.

—Simplemente, encontrar a los culpables, cuyos nombres yo le facilitaré, y entregarlos a la justicia.

CAPITULO III

Dannon se puso en pie, a la vez que reía con fuerza.

—¡Por favor, señorita Loomis! —dijo.

—Abogado, esto no es cosa de risa —exclamó Fay, muy seria.

—Sí es cosa de risa —contestó él, ahora de mal talante—. Usted ha leído muchas novelas policíacas y cree que yo, con cuatro preguntas aquí y allá, y una docena de puñetazos estratégicamente distribuidos, desvelaré el misterio de algo que la policía, en tres años largos, no ha conseguido resolver.

—Quizá porque la policía no puede utilizar medios que usted sí podría emplear, abogado.

—Oh, por favor, no me venga ahora con sugerencias disparatadas. El caso está cerrado...

—Sólo provisionalmente, porque los implicados en el asunto escaparon todos, a excepción de uno de ellos.

—¿Quién era?

—David Rodwill, el alto empleado de la T. S. que planeó el asunto. Fue a parar a la cárcel y allí murió hace unos pocos meses. Pero no fue detenido por el atraco, sino por un desfalco que cometió con anticipación, una vez planeado todo con el máximo de detalles, a fin de que no se le pudiera implicar en el asunto. Lo condenaron a cinco años y esperaba cumplir tres como máximo, pero murió cuando ya sólo le faltaban unas semanas para salir y disfrutar de su botín.

Dannon frunció el ceño.

—Debía de ser un tipo inteligente —comentó.

—Mucho. La prueba es que desapareció un millón y medio sin que en la T. S. notasen nada, hasta que fue demasiado tarde. En cambio, sí hizo que se notasen los cuarenta mil dólares desfalcados y supuestamente perdidos en el juego y las apuestas.

—Ya —murmuró él—. Creo que voy comprendiendo. Pero, a pesar de todo, no es un caso para mí...

—Veinte mil dólares, abogado —indicó Fay, mirándole a los ojos.

—¡No se trata de dinero, entiéndame!

Ella se puso en pie y respiró profundamente. Ahora vestía un ajustado traje rojo, de amplio escote y hombreras muy delgadas. La falda quedaba a quince centímetros de unas rodillas enfundadas en finísima seda negra.

—Hágalo por mí, entonces —dijo Fay.

Dannon sintió que se le secaba la boca.

—Le... le falta una manzana... —tartamudeó.

Ella sonreía.

—¿De veras necesitaría usted una manzana? —contestó, a la vez que avanzaba hacia él con leves e insinuantes movimientos de caderas.

—Hombre, yo...

Los mórbidos brazos de la joven se enroscaron en el cuello de Dannon.

—No soy un sueño —dijo Fay, con voz susurrante.

Dannon se sintió flaquear. Pero, de repente, con un poderoso esfuerzo de voluntad, se separó de ella y dio dos pasos hacia atrás.

—No —exclamó, resuelto—. Olvídelo, señorita Loo- mis. No quiero intervenir en este caso, ni por dinero, ni... ni por usted misma.

—Me decepciona usted. —Fay había dejado de sonreír.

—Lo siento.

Fay se inclinó y recogió el dinero.

—Creí haber encontrado al único hombre que podría resolver este caso, pero veo que me he equivocado —dijo—. Lamento las molestias que le he causado. Adiós, señor Dannon.

El joven no dijo nada. Vio a la muchacha salir y casi lloró interiormente al ver que se desvanecían los bellos sueños que se había forjado durante unos momentos.

* * *

La mujer que entró en la cafetería a la cual solía acudir Dannon era rubia, de formas generosas y ojos llenos de malicia. Vio a Dannon en la barra y se acercó a él.

—Cliff —dijo.

Dannon volvió la cabeza. Inmediatamente, sonrió.

—Hola, Hilda —saludó—. Me alegra mucho verte de nuevo, al cabo de tantos años. ¿Quieres tomar algo conmigo?

—Café, por favor —aceptó ella, acomodándose en el taburete contiguo—. Cliff, te buscaba.

—¿A mí? —se sorprendió él.

—Justamente a ti.

—Me dejas perplejo, Hilda. Fuimos amigos, buenos amigos, hace algunos años, pero luego te casaste...

—Y un buen día, mi marido se hartó de mis encantos, que ya no le causaban la menor impresión, y se largó, dejándome plantada. Ya ves, cosas de la vida —dijo Hilda, filosóficamente.

—La vida no se ha portado bien contigo —observó él.

Hilda se puso muy seria.

—Sí, tienes razón —contestó—. Mi padre se convirtió en un ladrón, murió en la cárcel; yo me casé, creyendo haber encontrado la felicidad, y mi marido me abandonó... Bien, algún día se acabarán las desdichas, me imagino.

—Y yo te lo deseo muy sinceramente, Hilda.

—Gracias, Cliff.

La joven volvió la cabeza y miró a derecha e izquierda.

—¿Buscas a alguien? —preguntó Dannon.

—Tenía que encontrarme con un conocido, pero no lo veo. Asuntos de negocios, ¿sabes?

—Oh, sí, claro. ¿Te has metido ahora e negocios, Hilda?

—Algo hay que hacer para vivir —sonrió ella—. Pero ese tipo no ha venido y él se lo pierde. Tú dejaste la policía, creo.

—Quería ser independiente y tenía un título de abogado. Me defendiendo bien.

Hilda le miró críticamente.

—Conque abogado, ¿eh? —murmuró—. Cliff, me gustaría que vinieras a mi casa. Tengo que explicarte un pequeño pleito y quisiera que me aconsejaras e incluso, si llega el caso, que me defiendas ante los tribunales. Por supuesto, mediante los honorarios adecuados.

—Lo haré con mucho gusto, Hilda. Y en cuanto al dinero, olvídalo. No será ningún problema entre los dos, te lo aseguro.

—Eres un chico maravilloso, Cliff —exclamó ella.

—Ya tengo más de treinta años. Eso de chico quedó muy atrás —sonrió Dannon.

—Con el aspecto y el tipo que tienes, lo extraño es que estés todavía soltero. ¿Vamos, Cliff?

Dannon dejó unas monedas sobre el mostrador y se apeó del taburete. Sonriendo, miró a la hermosa mujer que tenía ante sí.

Era una increíble casualidad, se dijo. No hacía aún veinticuatro horas, una mujer le había mencionado el asalto al camión blindado de la Truck Security.

Ahora tenía frente a sí a la hija del hombre que había planeado el golpe, porque el apellido de Hilda, hasta su matrimonio, había sido el de Rodwill.

* * *

—Tienes una casa muy elegante —observó él al cruzar la puerta del piso donde vivía Hilda.

—He trabajado duramente para ganar el dinero que me ha proporcionado estas comodidades —respondió ella—. Sírrete algo de beber mientras me retoco un poco.

—Sí, gracias.

Hilda se metió en el interior del departamento. Dannon

vio una elegante mesita con servicio de licores y se sirvió una dosis de escocés.

Años atrás, ya hacía siete u ocho al menos, había, sostenido un breve pero intenso romance con Hilda, cuando ella contaba veinte o veintiuno. La cosa no había fructificado; ella era demasiado independiente y un tanto voluble, y habían acabado por separarse, aunque amistosamente.

Ahora se reunían de nuevo y ella, según parecía, necesitaba de sus servicios como abogado. Se preguntó cuáles serían sus problemas.

Hilda apareció a poco, totalmente transformada. En lugar del vestido casi neutro que llevaba antes, vestía ahora un largo peinador de tejido sumamente fino. Su pelo rubio se desplomaba por su espalda como una catarata de oro.

Pasó por delante de una gran lámpara y Dannon se olvidó por completo de la copa que tenía en las manos.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella—. ¿Te has vuelto mudo de repente?

Dannon reaccionó.

—¿Crees que no hay motivos para una súbita mudez? —contestó.

Hilda lanzó una argentina carcajada y se le acercó con ondulantes movimientos. Le quitó el vaso, tomó un sorbo, lo dejó a un lado y luego le echó los brazos al cuello.

—Creo que vine aquí para servirte de consejero legal —dijo él.

—Hay tiempo para todo —contestó Hilda, insinuante.

Dannon sonrió, a la vez que ponía las manos en su cintura.

—Si tú lo dices...

Y se inclinó para besarla, pero los labios de la pareja no llegaron a tomar contacto.

Alguien llamó. Por encima del hombro de Dannon, Hilda miró enojada hacia la puerta.

—¿Quién será el estúpido que viene a interrumpimos ahora? —murmuró, con acento de disgusto.

—¿Esperabas a alguien? —preguntó Dannon.

Hilda hizo un gesto negativo con la cabeza. El timbre sonó de nuevo.

—Si va a representar un compromiso para ti, me iré —propuso él.

—Entra en mi dormitorio —indicó Hilda—. Procuraré que el visitante sea lo más breve posible.

—Está bien.

Dannon desapareció por la puerta del fondo. No obstante, un irresistible sentimiento de curiosidad le hizo dejar una rendija abierta, a fin de poder ver y oír lo que sucedía en la sala.

Hilda abrió. Dos sujetos de fornida apariencia y expresión de mal

humor irrumpieron bruscamente en el departamento.

—Ya pensábamos que no abrirías —dijo uno de ellos.

El otro cerró de un taconazo. A Dannon le pareció más bien la voz de una mula.

Estaba asombrado. ¿Cuál era la relación que podía unir a Hilda con aquellos dos notorios hampones?, se preguntó.

Ella contestó:

—Eh, ¿qué se han creído? Están en mi casa y no en un lugar público. Lárguense o...

La mano de Bink Morris se disparó de pronto y agarró un puñado de tules.

—¿Dónde está? —rugió.

—¿Dónde está... qué? —preguntó Hilda, desconcertada, aunque no muy asustada.

—Vamos, vamos, no te hagas la ingenua —dijo Dare Shaylon—. Son veintitantos mil dólares los que te llevaste anoche de la caja fuerte del patrón.

—¿Yo? Oiga, ustedes están locos...

La mano de Morris se alzó súbitamente. Se oyó un fuerte chasquido e Hilda, tras un par de vueltas, con gran revoloteo de telas finas, rodó por el suelo, medio inconsciente después de la bofetada recibida.

CAPITULO IV

Dannon se creyó en el deber de intervenir. Conocía demasiado bien a aquellos sujetos para no saber que se proponían dar una paliza a la joven.

Morris se inclinó sobre Hilda y la agarró por los hombros, para ponerla en pie. Ella gemía y se quejaba sordamente.

Dannon apareció de repente.

—Eso que hacen no está bien —dijo.

La sorpresa de los dos rufianes fue total. Shaylon, no obstante, fue el primero en reaccionar.

—Vaya, miren quién está aquí: el buen teniente

Dannon —exclamó, burlonamente—. ¿Le hemos estropeado la fiesta?

Dannon apretó los puños.

—Váyanse —ordenó.

Shaylon le apuntó con el índice.

—Usted ya no pertenece a la policía —dijo—. No tiene la menor autoridad; así que, en todo caso, el que se va a largar de aquí será usted.

—Y ahora mismo —añadió Morris—. Echalo, Dare.

—Con mucho gusto, Bink.

Shaylon avanzó hacia el joven. Era un sujeto especialmente hábil en las luchas cuerpo a cuerpo, en las que empleaba toda clase de trucos sucios. Y si hacía falta, también tiraba de pistola.

Su estatura era ligeramente superior a la del joven, pero, en cambio, pesaba casi quince kilos más. Estaba seguro de darle una buena paliza, pero se equivocó.

Una silla volteó repentinamente por el aire. Shaylon no supo cómo había sucedido hasta que el mueble se estrelló contra su pecho, haciéndole tambalear.

Rugió de ira y de dolor. La silla le golpeó de nuevo, ahora en los brazos. Dannon no quería dirigir un golpe a la cabeza; podía ser mortal. Pero tampoco le importaría romperle un hueso a su adversario.

El pistolero se tambaleó. Dannon se situó lateralmente y descargó el tercer golpe sobre los hombros de Shaylon. La silla explotó en astillas y el rufián se desplomó, consciente, pero incapaz de moverse.

En el mismo momento, con el rabillo del ojo, Dannon vio que Morris se le arrojaba encima. Apenas si tuvo tiempo de dejarse caer de espaldas.

Fallado el golpe, Morris braceó ridículamente, luchando por no caer.

Dos pies se elevaron en el acto, como sendas catapultas, y le alcanzaron de lleno en la ingle. Se oyó un bramido y Morris cayó hacia atrás, perneando frenéticamente.

Dannon se puso en pie de un salto y se arrojó sobre el sujeto. Morris había perdido ya la iniciativa. Dannon le agarró por la camisa con una mano y golpeó su mandíbula con la otra. Fue suficiente para dejarlo fuera de combate.

Luego, acudió corriendo a Hilda, que acababa de ponerse en pie.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

Ella se frotó la mejilla.

—Ese pedazo de bruto... —se quejó.

Dannon miró a los dos hampones, que yacían todavía en el suelo. Estarían armados, se dijo.

* * *

Shaylon y Morris se levantaron poco después, humillados y furiosos, pero impotentes contra la pistola que Dannon sostenía en la mano. Había otra en la mesa junto a la cual estaba sentado el joven.

—Bien —dijo, sonriendo—, ¿quién y de qué acusa a esta mujer?

—Anoche robó más de veinte mil dólares —rezongó Morris.

—Fue disfrazada a ver a nuestro jefe y le amenazó con un revólver —añadió Shaylon.

—¡Eso no es cierto! —protestó Hilda—. Hace meses que no he tenido el disgusto de ver a ese viejo ladrón que es Lorrie Cargyll.

—¿Has dicho Cargyll? —se extrañó Dannon.

—Sí, el mismo. Esos dos simios trabajan para él.

Dannon frunció el ceño.

—¿Cuál es la versión que Cargyll da de los hechos?

—preguntó.

—Ya la ha oído —contestó Morris, de mal talante—.

Ella...|

Morris hizo una circunstanciada relación del suceso, tal como se lo había contado su jefe. Dannon le escuchó en completo silencio.

—De modo que la chica vestía enteramente de negro y, además, llevaba un capuchón que le cubría enteramente la cabeza —dijo.

—Sí, pero el jefe reconoció su voz. Es inconfundible —manifestó Shaylon.

—¿A qué hora ocurrió el robo? —preguntó Hilda.

—Entre siete y media y ocho —respondió Morris.

—A esa hora, yo estaba en el salón de belleza de Hossie Wohler. Entré a las cinco y salí cerca de las nueve de la noche.

Hossie y una docena de sus dependientas pueden atestiguarlo.

Dannon frunció el ceño. Aunque no se trataba de un juicio regular, Hilda presentaba una coartada irreprochable.

—De modo que la suma robada asciende a...

—Veintidós mil ciento cuarenta y tres dólares exactamente —puntualizó Shaylon.

—Está bien, pero, ¿por qué iba Hilda a querer robar a Cargyll?

La joven se puso colorada.

—Fuimos socios hace tiempo, pero rompimos —dijo, de mala gana—. Cargyll me estafó un buen puñado de dólares y yo le dije que un día u otro me tomaría el

desquite. Por eso habrá creído que fui yo la ladrona.

Dannon movió la pistola.

—Está bien, ella no ha sido, de modo que díganse así a Cargyll, y añadan que, si vuelve a molestarla, iré yo en persona a arrancarle los dientes uno por uno. ¡Vamos, largo!

Los dos pistoleros se marcharon, corridos y avergonzados. Dannon se puso en pie.

—Yo también me marchó, Hilda —dijo.

—Pero, Cliff...

—Me has decepcionado —manifestó él claramente.

Hilda comprendió lo que significaba la frase y bajó la cabeza.

—Lo siento —murmuró.

—Cargyll no es un buen elemento —añadió Dannon—. Algún día acabará acribillado a balazos —profetizó—. Apártate de la gente de esa clase, Hilda, creo que es un buen consejo.

* * *

Estaba haciendo unas anotaciones cuando, de pronto, creyó oír ruido en el antedespacho. Un tanto alarmado, Cargyll levantó la cabeza.

Tenía un revólver en uno de los cajones de su mesa, al alcance de la mano. La víspera había sido sorprendido; no le volvería a ocurrir de nuevo.

Cautelosamente, con el revólver en la mano, se puso

en pie y se dirigió al antedespacho. Abrió la puerta y lo vio vacío.

Respiró, aliviado. Sus nervios le habían jugado una mala pasada, se dijo, una fracción de segundo antes de que sintiese junto a su sien derecha el frío contacto del cañón de un arma.

—Deje caer su revólver —ordenó una voz ronca.

Cargyll obedeció, temblando de miedo. El intruso siguió:

—Vuelva a su despacho y siéntese tras la mesa.

—Pero..., ¿qué es lo que pretende usted? —preguntó Cargyll, con voz llena de pánico—. No... no tengo dinero y...

—El dinero ya no me hace falta, ya no lo necesito, desgraciadamente. Vamos, siéntese.

Cargyll pasó detrás de su mesa. Sudaba a chorros.

—Ya sé que los negocios le fueron mal, señor...

—No discutamos ese asunto, Cargyll —dijo el otro—. ¿Sabe a qué he venido?

—Escuche, dinero no tengo, ya se lo he dicho. Pero puedo firmarle un cheque...

—Ya es tarde, demasiado tarde.

—Si dispara...

—Nadie oirá el ruido. Las paredes son muy recias. Las dos puertas están cerradas. Nadie sabrá hasta mañana que ha muerto un vampiro asqueroso.

Cargyll chilló justo cuando el primer fogonazo brillaba frente a él. Saltó epilépticamente, pero cayó en el sillón, retorciéndose de manera frenética.

Impasible, el hombre que estaba frente a él siguió haciendo fuego hasta agotar los seis cartuchos del revólver. La última bala fue dirigida a la frente, para asegurarse de que Cargyll se iba al otro mundo.

Luego, el asesino sacó un pañuelo y recogió el revólver de Cargyll, dejándolo en el cajón, que cerró con la ayuda del mismo pañuelo. Hecho esto, guardó su propio revólver y salió andando tranquilamente de la oficina.

* * *

A veces, Cliff Dannon desayunaba en el bar que había frente a su casa. Aquella mañana se encontró con un conocido: el teniente Mykers.

—No diré que te buscaba especialmente, pero sí que me alegra mucho haberme encontrado contigo, Cliff —manifestó Ronald Mykers.

—Eso significa que debo hacerte un favor —sonrió Dannon—. ¿De qué se trata, Ron?

—¿Te acuerdas de Shoune Jerquod?

Dannon puso cara pensativa.

—Sí, lo recuerdo perfectamente —contestó—. Un sujeto terriblemente peligroso y escurridizo como una anguila. Uno de los peores asesinos que hemos conocido, Ron.

—Todo lo que has dicho es rigurosamente cierto, pero, además, debes agregar que es diabólicamente listo y que posee una astucia infernal. Hasta ahora no se le ha podido probar ninguno de sus crímenes.

—Es preciso reconocer que es un virtuoso del asesinato. Pero algún día caerá, Ron. Ten paciencia...

—Quizá ese día está más cerca de lo que parece. A pesar de toda su listeza, cometió un error en su último asesinato. Se dejó ver por un testigo que está dispuesto a declarar. Si lo atrapamos, claro; ya conoces que otra

de sus facetas es la fantástica habilidad que tiene para cambiar no sólo de aspecto, sino también de identidad.

—Es cierto —admitió Dannon—. Pero ya sabes que yo dejé el oficio. Ahora no puedo hacer nada en tu favor, Ron.

—Sí, lo sé. De todas formas, sólo quería pedirte el favor de que me avises si le echas el ojo. Le estamos buscando como locos, pero no tenemos la menor idea de dónde ha podido esconderse.

—Descuida. Si lo veo, te informaré en el acto.

—Gracias, Cliff, no esperaba menos de ti. —Mykers sonrió ampliamente—. Bien, ¿cuándo te casas?

Dannon se quedó parado un momento por aquella pregunta inesperada. Luego, se echó a reír.

—Ron, ni siquiera tengo novia —contestó.

Y, de pronto, pensó en Fay Loomis, a la que, por cierto, esperaba ver aquella misma mañana. Muy pronto, en cuanto terminase de desayunar.

CAPITULO V

La hora resultaba, tal vez, un poco temprana, pero Fay apareció lozana y fresca como una rosa, con su negra cabellera peinada en una brillante pirámide de exótico diseño y ataviada con una sencilla blusa amarilla y pantalones negros, muy cortos. El rostro de la joven expresó la sorpresa que le causaba tan inesperada visita.

—Señor Dannon —dijo.

—¿Puedo pasar, señorita Loomis? —consultó él, sombrero en mano.

—Desde luego —accedió Fay, a la vez que se apartaba a un lado—. Siéntese, le traeré café.

—Gracias.

Fay se alejó. Dannon se retrepó en un diván y encendió un cigarrillo. Sí, las siluetas de Fay y de Hilda! eran muy similares. Quizá Hilda era algo más opulenta de contornos, pero la estatura era idéntica. Vestida de negro y cubierto el rostro con un capuchón, parecía lógico que Cargyll hubiera sufrido una confusión sobre la personalidad de la mujer que le había robado más de veintidós mil dólares.

Fay regresó a poco con una bandeja en la mano.

—¿Ha cambiado de opinión? —preguntó, mientras servía el café.

—No. Respecto a lo que usted pretendía de mí, sigo pensando lo mismo. Pero he averiguado la procedencia de los veinte mil dólares que usted me ofrecía.

—¡Oh, qué interesante! —dijo ella, con sarcasmo.

—Se los robó a Lorrie Cargyll.

Fay dejó de sonreír y se sentó frente a su visitante.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó, con voz aguda—. ¿El propio Cargyll?

—No, porque él no la reconoció. Es más, incluso la confundió con otra persona. Pero usted no puede negar...

—No, no lo niego. Lo admito, incluso —exclamó Fay, acaloradamente—. Pero, ¿quién puede probarlo? El propio Cargyll no se atreverá siquiera a denunciarme. ¿Cree que no sabía lo que hacía cuando fui a robarle?

—Usted no es una ladrona. ¿Por qué se llevó aquel dinero?

—Era, simplemente, una restitución.

—¿Cómo?

—Usted conoce bien a Cargyll. Sabe de sobra la clase de individuo que

es. Yo lo supe demasiado tarde..., cuando ya habían volado los veinticinco mil dólares que me restaban del seguro de vida de mi padre y que le confié para una inversión bancaria.

—Pudo perderlos en la bolsa, Fay.

—Es un estafador y usted lo sabe tan bien como yo. Claro que yo me enteré demasiado tarde. Pero también decidí que no era justo quedarme sin lo que me pertenecía.

—Y le robó a punta de pistola.

Fay se inclinó, cogió un cigarrillo de la cigarrera que había sobre la mesita y lo encendió. Luego cruzó las piernas displicentemente.

—Señor Dannon, confieso que yo entregué ese dinero a Cargyll para que lo hiciera fructificar —dijo—. Pero era sólo una entrega temporal; un día u otro tenía que pasar a las manos de un hombre como usted.

—No lo entiendo...

—Los ladrones de la Truck Security fueron ocho. Uno murió en la cárcel. Siete escaparon. El dinero robado no me interesa en absoluto; las compañías de seguros pagaron. Pero mi padre murió, ¿comprende?

—Y usted quiere erigirse ahora en su vengadora.

—No. Sólo quiero justicia.

—Han pasado ya años desde aquel suceso...

—Me empleé en la T. S. y durante todo este tiempo he estado indagando pacientemente. He reunido una cantidad de detalles que ni siquiera la policía ha conseguido saber. Y sólo ahora consideré llegada la hora de pasar a la acción. Por medio de un hombre decidido e inteligente. Como usted, abogado.

—Gracias por el elogio, señorita Loomis. De modo que ha conseguido muchos detalles...

—Ni siquiera usted sabía que el camión blindado transportaba millón y medio de dólares.

—Lo encontraron vacío y un portavoz de la T. S. declaró que aquel día sólo se transportaban unos quince mil dólares.

—Es mentira. El camión llevaba millón y medio.

Dannon hizo un gesto de impaciencia.

—Pero..., por favor, recapacite —pidió—. Una suma semejante no cabe en una simple caja de zapatos... Y el guardia de control de la T. S. hubiera advertido otro envase mayor, como es lógico. El camión fue revisado antes de salir de los sótanos de seguridad de la T. S. Eso es algo que usted debe conocer perfectamente.

Fay sonreía de un modo extraño. Dannon se sintió repentinamente incómodo.

—¿Le gustaría saber el método empleado para sacar el dinero sin que el guardia de control lo advirtiese? —preguntó ella.

Dannon encendió un nuevo cigarrillo. Fay se puso en pie y quedó de perfil, mirándole por encima del hombro.

—Brigh Yarrow era muy aficionado al *picnic*, decía. Un buen día, llegó a su trabajo con una mesa maleta, de las que se despliegan luego en el campo y dentro pueden contener cosas: platos, cubiertos, vasos y demás. Dijo que la acababa de comprar y la dejó en un rincón del sótano.

»Johnny Haid era el conductor del camión y en los últimos tiempos se había vuelto muy quisquilloso. Decía que no quería que una inoportuna avería le colocase en una mala situación y revisaba con frecuencia

su vehículo. Lo que hizo, entre otras cosas, fue colocar bajo la caja del camión cuatro soportes, especialmente adecuados para el uso a que se les quería destinar.

»El dinero fue a parar dentro de la mesa-maleta y ésta quedó sujeta bajo el camión. Como es relativamente plana, no se veía fácilmente, pero poseía la suficiente capacidad para contener billetes por valor de millón y medio de dólares. ¿Lo comprende ahora, abogado? —remató Fay su explicación.

—Todo eso significa que fue un golpe minuciosamente planeado —dijo Dannon.

—En efecto, y no lo hicieron en unas pocas semanas, sino que tardaron más de un año, puliendo y retocando todos los detalles del plan hasta límites increíbles. En cierto modo, lo único que les falló, aunque ya contaban con ello, fue la colaboración del jefe de expediciones.

—Su padre de usted.

—Exactamente —confirmó la joven.

—Usted ha averiguado muchas cosas. Pero, ¿sabe de dónde salió el dinero?

—No del todo, pero salió... y no ha sido repartido sino en una pequeña parte.

Dannon saltó en su asiento.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Era preciso dejar pasar tiempo para que nadie sospechara de los autores del robo. Además, Rodwill estaba en la cárcel. Cada uno de los que intervinieron recibió treinta mil dólares. Por tanto, quedan casi un millón trescientos mil, que un día deberán ser repartidos entre siete personas. Mejor dicho, ya sólo se repartirán entre seis.

—¡Cómo! ¿Ha muerto otro de los ladrones?

—Sí. Se llamaba Brod Cuthson.

Fay cruzó la estancia, abrió uno de los cajones de una consola y sacó unos recortes de periódico que entregó a su visitante. Dannon leyó con

enorme asombro una sucinta relación de la muerte de Cuthson en el aeropuerto de Helsinki.

—Pero... esto parece un colapso...

Fay le entregó otro recorte.

—El resultado de la autopsia —indicó.

A Dannon se le saltaban los ojos de las órbitas.

—¡Fue un asesinato! —exclamó.

—¿Ahora lo descubre? —preguntó ella, con ironía.

—¿Quién lo mató?

—En alguna parte hay un millón trescientos mil dólares... y en alguna parte hay una persona que quiere quedarse para sí esa enorme fortuna —respondió Fay.

—Usted no puede saber...

—Cuthson murió de una forma diabólica, no de una enfermedad. El instinto me hace saber que la muerte de Cuthson es la primera de una cadena de crímenes que sólo tendrá fin cuando haya sido asesinado el último de los que intervinieron en el asalto al camión blindado de la T. S.

—Sabe usted muchas cosas, señorita Loomis —comentó Dannon—. ¿Cómo lo ha conseguido?

Fay enrojeció ligeramente.

—No puedo decírselo —contestó.

—Se niega a revelar sus fuentes de información, ¿eh?

—Sí, pero poseo una lista con los nombres de todos

los que intervinieron en el atraco y sus actuales residencias. En el extranjero, por supuesto.

—De modo que para eso robó los veinticinco mil dólares...

—Ya le digo que lo estimo como una retribución. Y no me pida que lo devuelva, porque no lo haré. Ni aunque me denuncie a la policía. Además, ¿quién podría probar que yo lo hice?

Dannon comprendió que Fay no cedería en este asunto, por lo que pensó que no debía insistir. Probablemente, decía la verdad: conociendo a Cargyll, los alegatos de la muchacha no resultaban ser una fantasía.

—Está bien —dijo—. Pero, a pesar de todo, no cuente conmigo.

Fay permaneció impassible.

—Lástima —dijo—. Creí que le hubiera gustado un viaje a Eonikos.

—¿Eonikos? —exclamó Dannon—. ¿Dónde está eso?

—En Grecia, a la orilla del mar.

* * *

La buena vida que se estaba dando Martin Morgan en París se acabó el día en que recibió un cablegrama: |

«Interesaría exploración mercado Eonikos, Grecia, y ver posibilidad de

una buena remesa desde allí, siguiendo orden numérico rigurosamente establecido. Informe resultados viaje desde hotel Achilles de Atenas. Su director.»

Martin Morgan estudió a fondo el contenido en clave del cablegrama. Después sacó la maleta del armario y, tras levantar la tapa, buscó en ésta un departamento secreto.

Allí tenía un pasaporte y documentación falsa a nombre de Raymond Benson. Ese sería el nombre del viajero que llegaría a Atenas en lugar de Martin Morgan.

* * *

Dannon se encaramó en un taburete y pidió una taza de café. Luego enseñó dos recortes de periódico a su amigo Ronald Mykers.

—Lee mientras me tomo el café. Ron —indicó.

Momentos después, Mykers dijo:

—No conocía a este Cuthson, Cliff.

—Intervino en el robo del camión blindado de la Truck Security hace unos cuantos años. Oficialmente, se declaró la pérdida de unos quince mil dólares. La realidad es que el golpe produjo a los asaltantes una suma cien veces mayor.

—¡Rayos! —dijo Mykers.

Dannon recobró los recortes de periódico.

—Pero no quería hablarte especialmente de este asunto, Ron —manifestó—. Mi interés se centra en la muerte de Cuthson.

—Parece un asesinato muy inteligentemente planeado, Cliff.

—Tú lo has dicho. Y yo sospecho que el autor es Jerquod.

—Vamos, Cliff —rezongó el policía—. ¿Por qué diablos iba Jerquod a desplazarse a un lugar tan lejano como Helsinki?

—Porque Cuthson estaba allí y era preciso eliminarlo.

—Diríase que hay dificultades en el reparto del botín.

—Para hablar con más exactitud, lo que sucede es que hay alguien que quiere quedarse el dinero para sí solo.

Mykers sacudió la cabeza pensativamente.

—Bueno, pero no entiendo qué tengo yo que ver en todo esto...

—Eres policía. Un tal Ole Stillmson reside ahora en Eonikos, Grecia. Haz que lo interrogue la policía griega. Y te daré también cinco nombres más para que las policías de otros tantos países les interroguen sobre el paradero de un millón y medio de dólares.

* * *

Dannon lanzó un gruñido de furia al leer en el periódico la noticia de la

muerte de Cargyll.

Inmediatamente, pensó en Fay. No tardó más de un minuto en ponerse en contacto telefónico con la muchacha.

—¿Ha leído la noticia? —preguntó, sin molestarse en saludarla.

—Se refiere al asesinato de Cargyll, supongo.

—Así es...

—No me acuse a mí, abogado. Por el tono de su voz adivino que está pensando que yo soy la autora del crimen. Lo rechazo contundentemente.

—¿Podría probarlo?

—Por supuesto. Y de una manera irrefutable, además.

—Me gustaría saber cómo —gruñó él.

A través del hilo, Dannon percibió una risita burlona.

—Vaya esta noche al The Fire Sword —fue todo lo que dijo.

Dannon oyó un chasquido que anunciaba el fin de la comunicación y miró perplejo el auricular. Luego, trató de encontrar en su mente algún dato relacionado con el local denominado The Fire Sword.

—¿Qué diablos hará esa chica en un lugar semejante? —gruñó, descontento, porque sabía que la fama de The Fire Sword, pese a su elegancia, no era demasiado buena.

Pero no había más que una forma de averiguarlo.

—Tendré que ir esta noche a ese condenado lugar —se dijo, con un suspiro, mezcla de resignación y disgusto.

CAPITULO VII

Sí, The Fire Sword era un lugar muy elegante. Sobre la puerta de entrada, en una hábil mezcla cromática de tubos de neón, que se encendían y apagaban con fulgurante rapidez, para dar mejor la sensación de las llamas, campeaba una gran espada de fuego, que había dado nombre al local.

Dannon conocía al dueño, Lattie Kowson. Kowson había tenido más de una vez dificultades con la policía, aunque siempre había conseguido eludir acciones contundentes. Era un sujeto muy escurridizo y con pocos escrúpulos.

Entró en el local. Desde el umbral, vio el pequeño escenario donde actuaban todas las noches algunos números de variedades, generalmente muy selectos. Había una chica morena, cantando algo contra los fabricantes de ropa, canción que no sólo era una prédica verbal, sino que también daba ejemplo, con tres minúsculos trocitos de tela roja que, en conjunto, no sumarían un palmo cuadrado.

La cantante dejaba muy poco que enseñar. Dannon sintió una especie de puñetazo en el estómago. ¿Sería posible que...?

Una voz femenina, de agradables entonaciones, sonó a su derecha.

—El señor deseará una mesa, supongo. ¿O prefiere beber en la barra?

Dannon respingó, a la vez que volvía la cabeza. Allí, ataviada con un elegantísimo traje negro, muy escotado y sin espalda, se hallaba Fay.

La joven sonreía encantadoramente. Dannon apreció que tenía en la mano una libreta y un lápiz.

—Pues...

Fay alzó ligeramete una mano. Un camarero acudió en el acto.

—Rob, mesa número nueve para el señor —dijo ella.

—Sí, señorita Fay.

—Ah, y sírvale el «especial» de la casa.

—Sí, señorita.

Fay volvió a mirar al desconcertado abogado.

—Permítame que le desee una feliz estancia, señor —dijo. Dio una graciosa media vuelta y se alejó para atender a una pareja de clientes que acababan de llegar.

—Por aquí, señor —indicó el camarero.

Dannon se sentó a una mesa, situada en un lugar discreto, pero con

buenas vistas. Sacó su pitillera y encendió un cigarrillo.

—Un *maitre* con faldas —murmuró—. Increíble.

La cantante que protestaba de los fabricantes de ropas fue sustituida por un humorista, que empezó a contar sus sartas de chistes. Pero Dannon no le hacía demasiado caso: estaba muy intrigado pensando en la forma en que Fay había llegado a ocupar aquel trabajo.

El camarero vino con el «especial» de la casa. Era una copa alta, adornada con algo que parecían enredaderas colgantes y de un agradable color rosado. Probó un sorbo y creyó que se le cortaba la respiración.

Aquello era dinamita líquida. Miró de pronto a lo lejos y vio que Fay tenía la vista fija en él y que le sonreía maliciosamente.

Un individuo vino de pronto y se inclinó hacia él.

—¿Señor Dannon? —solicitó.

—Sí —contestó el joven.

—Por favor, tenga la bondad. El señor Kowson desea hablar con usted privadamente.

Dannon dudó unos instantes. Luego, se levantó.

—Muy bien —accedió—. Guíeme, por favor.

Lattie Kowson era un sujeto pequeño, delgado, de rostro triangular y ojos que parecían esferitas de metal. «La vaina perfecta de una espada de fuego», pensó Dannon, aludiendo a la férrea voluntad del individuo.

—Hola, abogado —saludó Kowson—. Siéntese y dígame qué quiere de beber.

—Gracias —contestó el joven—. He tomado unos sorbos del «especial» de la casa y tengo el estómago en carne viva.

Kowson soltó una risita.

—Sí, es una bebida algo fuerte —convino—. Pero no le he llamado para hablar de licores. ¿Un cigarro?

—Cigarrillos, si no le importa.

—A su gusto. Yo prefiero los cigarros. Y no lo hago por darme importancia; parece que el dueño de un

local como éste deba fumar habanos obligatoriamente, pero no es así. Lo hago porque me gustan.

—Ah, ya, no estamos aquí para hablar de licores, sino de tabaco.

Kowson lanzó una estridente carcajada.

—Es usted muy agudo, amigo mío —dijo—. Bien, el asunto es el siguiente: Necesito un consejero legal y le pagaré mil quinientos dólares mensuales, más los gastos correspondientes en caso necesario. Ese puesto puede ser para usted, Dannon. ¿Qué le parece?

Dannon captó en el acto el significado de la propuesta.

—No —contestó, tajantemente.

—Muy rápido lo ha dicho usted —murmuró Kowson, defraudado.

—Sin pensármelo, Lattie.

—Es un buen sueldo, abogado.

—Creo que ya le he dado mi respuesta. —Dannon se puso en pie—. ¿Era eso todo lo que quería decirme, Kowson?

El dueño del local parecía haber perdido su amabilidad primitiva.

—Si no acepta, no veo motivo para continuar la conversación —respondió, fríamente.

—Así es. De todas formas, gracias por haberse acordado de mí.

Dannon se dirigió hacia la puerta, pero, de pronto, se volvió hacia el individuo.

—Dígame, Lattie, ¿cómo se le ocurrió contratar a Fay Loomis para el puesto de maestresala?

—Lo hace muy bien y resulta original. ¿Alguna otra pregunta?

—No, gracias; es suficiente.

Dannon abrió la puerta. En el mismo instante, un hombre, vestido enteramente de negro, con sombrero de fieltro y una bufanda que le cubría la mitad inferior de la cara, irrumpió en el despacho y empezó a tiros con el dueño del local.

* * *

La pistola tenía silenciador y no hacía apenas ruido. El primer disparo alcanzó a Kowson y lo derribó a un lado. Los restantes disparos se estrellaron contra la mesa o la pared del fondo.

Pero sólo salieron tres o cuatro balas de la pistola. Dannon, sorprendido en un principio, reaccionó y golpeó la muñeca armada con el filo de su mano derecha.

El sujeto, sorprendido por el hombre que tenía al lado y con el que no había contado en absoluto, vaciló y trastabilló. Dannon le golpeó en la boca y lo tiró al suelo.

La pistola había caído también. Dannon la recogió y apuntó con ella al sujeto.

—Quieto o disparo —exclamó.

El hombre se paralizó inmediatamente. De pronto, sonó la voz de Kowson:

—Mátelo —dijo—. Mate a ese bandido...

Kowson se había incorporado y se apoyaba con el cuerpo en la mesa, a la vez que se agarraba el hombro izquierdo con la mano. Había dolor y rabia en su rostro.

—Nada de eso —dijo Dannon—. Esto es cuestión ya de la policía. Vamos, levántese —ordenó al atacante.

El mandato fue obedecido sin vacilar. Dannon llevó al sujeto hasta la mesa y, sin dejar de vigilarlo, levantó el teléfono para avistar a la policía y pedir de paso un médico.

—Me ha salvado la vida —dijo Kowson—. Siempre se lo tendré en cuenta, abogado.

—Pura casualidad —contestó el joven—. Pero aún no sabemos quién es este tipo.

Con la mano izquierda, le quitó la bufanda que aún le cubría la cara. El rostro de un hombre de unos cuarenta años y expresión nada amistosa quedó en el acto al descubierto.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—Yarrow, Dan Yarrow —contestó el otro, de mala gana.

—Ese nombre me suena —murmuró Dannon—. ¿Cómo se siente, Lattie?

—La herida me duele —gruñó Kowson—. Pero no es grave; sólo una fuerte rozadura por fuera del hombro.

—Ha tenido suerte, amigo. ¿Le debía algo a este tipo?

—No le he visto en mi vida —contestó Kowson.

—¿Qué dice usted, Yarrow?

—Sólo hablaré delante de mi abogado —manifestó el aludido.

—Yo soy abogado. ¿Por qué no me encarga de su defensa?

—Hombre, sólo eso faltaría —protestó Kowson.

—No —dijo Yarrow—. Usted es amigo de este forajido. Antes me pegaría un tiro.

—Dannon, le aseguro que no tengo la menor idea de los motivos por los cuales quiso matarme este hombre —exclamó el dueño del local.

—De todas formas, eso no me lo tiene que decir a mí, sino a la policía —contestó Dannon, plácidamente.

* * *

Fay abrió la puerta de su coche y se sentó tras el volante. Entonces oyó una voz a su espalda:

—A casa, Jenkins. Y ahora, usted, conteste: «Sí, milord».

Fay se volvió en el asiento. Dannon sonreía en el de atrás.

—¿Me considera su chófer? —preguntó ella.

—Ha trabajado para mí, ¿verdad? Siga haciéndolo; resulta muy interesante.

—¿Tiene usted algún antepasado árabe en la familia?

Dannon se echó a reír.

—Ya empiezo a recobrarme —dijo—. ¿Cómo se le ocurrió buscarse este trabajo, Fay?

—Kowson vino un día a la Truck Security. Tenía que enviar mía importante cantidad de dinero. Yo estaba delante, tomando notas, mientras él hablaba con mi jefe. Una de las veces, Kowson se lamentó de que se había quedado sin *maitre*. Aquella misma noche vine a pedir el

empleo.

—Es usted muy resuelta. ¿Cómo se le ocurrió la idea?

—Pensé que podía resultar... y que ganaría más que de simple oficinista.

—Aparte de que ya había averiguado todo lo que tenía que averiguar —dijo Dannon—. ¿Cómo acogió Kowson la petición?

—Soy el maestresala, ¿no? Y gano un sueldo magnífico.

—Lo cual no le impidió ir a robar a Cargyll.

—Pero no lo asesiné. Lo robé en mi día libre. Ayer trabajé desde las siete y media de la tarde. Cargyll, según los informes, murió después de las ocho y media.

—Por eso me ha hecho usted venir al The Fire Sword.

—Justamente, para que comprobara por sí mismo mi coartada.

—De todas formas, nunca creí que fuese usted la asesina de Cargyll —declaró él—. Pero no me gusta que trabaje para Kowson.

—¿Por qué?

—Tiene una fama pésima, aunque él diga todo lo contrario. Y yo hablo con pleno conocimiento de causa.

—Sí, ya me imagino —contestó ella, con indiferencia—. Esta noche le han dado un buen susto.

—Un susto de muerte. Yarrow tiró a matar.

—¡Yarrow! —exclamó ella—. Es curioso.

—¿Por qué, Fay?

—Quizá sólo sea una coincidencia, pero uno de los que intervinieron en el asalto al camión blindado se llamaba Brigh Yarrow.

Dannon se quedó pensativo al escuchar aquellas palabras.

—Puede tratarse de una casualidad —murmuró.

—Abogado, en este asunto, las casualidades no se deben tomar jamás en cuenta —aseguró ella, muy seria.

—Es posible que tenga usted razón, Fay.

—La tengo. Bien, pero no podemos seguir aquí indefinidamente.

—Oh, sí, es cierto. Jenkins, antes le dije «a casa».

—¿A la suya o a la mía?

—A la suya, naturalmente. Ahora usted me invitará a una copa...

—Limpie su mente de turbios pensamientos, sátiro —contestó Fay—. Le dejaré en un lugar donde pueda tomar un taxi... y eso es todo lo que va a conseguir de mí.

—Insistiré. Hasta las más sólidas murallas caen si se atacan sin desmayo.

—Ja, ja —dijo Fay, muy seria.

CAPITULO VIII

El mar era una resplandeciente lámina de color azul. En el cielo no había una sola nube.

Para Ole Stim Stillmson, Eonikos era el *summun* de la paz y la tranquilidad, una perdida aldea junto a la orilla del mar Egeo, con muy pocas comodidades, ciertamente, pero también con una paz y una calma como nunca había disfrutado.

Había muy pocos extranjeros en Eonikos. El turismo masivo no había llegado todavía a aquel remoto lugar de Grecia. Uno de los extranjeros era un tal

Raymond Benson, aficionado a la pesca submarina, quien también solía hacer largas inmersiones, con escafandra autónoma, en busca de restos arqueológicos.

Las relaciones de Stillmson y el submarinista eran corteses, pero distantes. A Stillmson no le gustaba trabar amistad profunda con nadie, hombre o mujer. Tenía poderosos motivos para ello.

Recelaba de todo y de todos, aunque en Eonikos podía considerarse a salvo. Lo único que le preocupaba era la tardanza en repartir un millón trescientos mil dólares, robados pocos años antes.

Era hora ya, pensaba, de dividir definitivamente el botín. La vida resultaba muy barata en Eonikos, pero el día en que se agotasen sus fondos ya no estaba muy lejano.

Así pensaba mientras remaba lentamente en la pequeña barca con la que se alejaba todos los días unos cientos de metros de la costa. Era una forma de hacer ejercicio muy saludable.

Luego tomaba el sol un rato. Más tarde, hacía un par de inmersiones y nadaba un rato. La profundidad de las aguas no era superior a los treinta metros. Con una máscara sobre los ojos, se podía contemplar un espectáculo fascinante en el interior de unas aguas que parecían hechas de esmeraldas líquidas.

Una hora después, Stillmson se puso en pie sobre la popa de la barca y se lanzó de cabeza al agua. Cuando estaba a unos siete u ocho metros de profundidad, contemplando el maravilloso espectáculo de las bandadas de peces que se movían en el seno de las aguas, notó un extraño contacto en las piernas.

Pensó que sería algún pez o quizá un pequeño pulpo. Empezó a

volverse, pero, en el mismo momento, dos argollas de metal se ciñeron a sus tobillos.

Simultáneamente, dos manos engancharon un mosquetón a la cadenita que unía las esposas. El mosquetón estaba unido a un cable de acero, sujeto por el otro extremo a una pesada piedra.

Stillmson intentó escapar hacia arriba, pero sólo pudo ganar tres o cuatro metros. La superficie quedaba a una distancia análoga.

Braceó y pateó con frenesí, tratando de soltarse. Todo resultó inútil.

Un submarinista, provisto de escafandra autónoma, evolucionó por los alrededores, contemplando impasible la horrible agonía de Stillmson. Demasiado tarde se percató Stillmson del error que había cometido al no recelar de Benson.

Pasados unos minutos, dejó de moverse y empezó a hundirse lentamente en el fondo del mar, llenos de agua los pulmones. Benson esperó todavía media hora.

Luego, tranquilamente, con la llavecita que guardaba en uno de los bolsillos del traje de goma, soltó las esposas. Soltó también el mosquetón y recogió el cable, desenganchándolo de la piedra que había servido de ancla.

El cable y las esposas fueron a parar a un sitio mucho más profundo, alejado de aquel lugar unos centenares de metros. Luego, tranquilamente, sin apresurarse, pero siempre por debajo del agua, Morgan-Benson emprendió el regreso a la orilla.

Vinticuatro horas más tarde, envió un cablegrama desde el hotel Achilles, de Atenas:

«Conseguida segunda remesa pleno éxito. Espero instrucciones.

»*Raymond Benson.*»

La respuesta llegó dos días después:

«Espere nuevas instrucciones París, igual que ocasión anterior. Recibirá fondos. Director empresa.»

—No está mal —sonrió Morgan-Benson—. París me gusta.

* * *

La chica abrió la puerta sin molestarse en pedir permiso. Dannon estaba repasando unos papeles y dio un brinco al verla.

—¡Usted! —exclamó.

—Yo misma —confirmó Fay—. No me esperaba, ¿verdad?

—A decir verdad... Bueno, ha pasado casi un mes desde la última vez que nos vimos. Usted me llamó sátiro y qué sé yo cuántas lindezas más, por lo que juzgué prudente abandonar la empresa.

—¿No era usted el que dijo que hasta las más gruesas murallas se

abaten si se atacata sin descanso? —se burló la joven.

—Es que, precisamente, ahora me estoy tomando un descanso —respondió él en el mismo tono.

—Oh, dejémonos ya de bromas. El asunto es más serio de lo que usted se piensa, Cliff.

—Caramba, si hasta me llama por el nombre. ¿Qué he hecho yo para merecer semejantes muestras de condescendencia?

—Ser un tonto, entre otras cosas —dijo Fay, hirientemente—. Ole Stillmson ha muerto.

—¿Stillmson? Intervino en...

—Sí, fue uno de los autores del robo del camión blindado.

—¿Cómo ha muerto?

—Ahogado en el mar.

—Algún accidente, sin duda.

—Cliff, cada vez que muera uno de los que intervinieron en aquel asunto no piense jamás en un accidente.

—Recela usted demasiado...

—Tengo motivos para ello. Ya sólo quedan cinco vivos.

—Las matemáticas no fallan —contestó él con sorna—. ¿Cuál será el próximo?

—Eso es lo que yo quisiera saber. Me ha costado años conocer su escondite, pero ignoro el orden en que deben morir. Sin embargo, yo me inclinaría por Brigh,

—Brigh —repitió él, pensativo—. ¿Qué le hace suponer tal cosa, Fay?

—Cuthson y Stillmson eran los guardias que iban con mi padre en el camión blindado. Yarrow fue el que preparó la caja donde debía ir el dinero.

—Quizá tenga usted razón, pero, ¿dónde está Yarrow ahora?

—En Sao Paulo, Brasil.

—¿Debo ir allí?

—Tengo veinte mil dólares —dijo la muchacha, significativamente. Dannon reflexionó unos momentos.

—Antes de ir a Sao Paulo desearía hacer una cosa —dijo.

—¿Sí?

—Hablaré con Dan Yarrow, el hermano de Brigh. Quizá él sepa algo.

—La idea no es mala —aprobó Fay—. ¿Cuándo?

—Mañana. —Dannon consultó la hora—. Son ya las seis de la tarde. No es hora para visitar a un preso en la cárcel.

—Comprendo. ¿Me dirá el resultado de su entrevista con Yarrow? .

—¿Por qué no? —sonrió él—. ¿Cómo está su jefe? —Curado. Pero usted tenía razón.

—¿Qué ocurre ahora en The Fire Sword, Fay?

—No pasa nada fuera de lo habitual, aparentemente, pero empiezo a ver cosas que no me gustan.

—Se lo advertí, Fay.

—Sí, ya lo recuerdo. Tengo buena memoria, pero, ¿qué haré si dejo el empleo?

—No dimita. Continúe.

Ella le dirigió una mirada penetrante.

—¿Le conviene a usted? —preguntó.

—Quizá a los dos, Fay.

—Está bien. Seguiré, Cliff.

Fay recogió su bolso.

—Tengo que ir a trabajar —se despidió.

—¿Cuándo es su día libre? —inquirió él, con una sonrisa.

—Lunes. ¿Por qué lo pregunta?

—Hoy es viernes. El lunes cenaremos juntos.

—¿Lo ordena milord?

—Sí, Jenkins.

Ella se echó a reír.

—Obedeceré su orden, milord —dijo.

—Iré a buscarla a su casa, Fay —advirtió Dannon.

La joven se marchó. Dannon meditó unos instantes y luego hizo una llamada telefónica al jefe de vigilantes de la cárcel de Nueva York, en la que Dan Yarrow aguardaba el momento de comparecer ante el juez.

—Lo siento —le respondieron—. Salió ayer mismo, bajo fianza. Las lesiones causadas no son graves y el juez admitió la petición de su defensor.

—Está bien; quizá sea mejor así. ¿Puede consultar el domicilio de Yarrow en su ficha?

Segundos más tarde, Dannon tenía la respuesta deseada:

—488, calle 36 Este.

—Gracias, jefe.

Colgó el teléfono. Debía rectificar: se entrevistaría con Yarrow aquella misma noche.

Las cosas en caliente, se dijo, mientras dejaba los papeles a un lado.

* * *

Una mujer joven y no mal parecida, aunque de expresión desabrida, le informó que Dan Yarrow no estaba en casa.

—Ha salido.

—Si no está en casa, ello es obvio, señora Yarrow...

—No soy la señora Yarrow —dijo ella, sin abandonar su tono hostil.

—Es una lástima, señora. El matrimonio es el estado perfecto del hombre y de la mujer. La soledad no es buena, aunque, momentáneamente, se encuentre compañía. Pero si no hay lazos que liguen de una manera más efectiva, al cabo del tiempo se corre el riesgo de volver a la soledad.

—¿Verdad que sí? —dijo la mujer, cambiando repentinamente de actitud—. Es lo que yo siempre le digo a Dan, pero él no quiere atarse...

—Es joven y no hay que perder la esperanza, señora.

Ella se ahuecó el pelo con gesto de coquetería.

—Señorita —puntualizó—. Lois Hordane, señor...

—Dannon, Cliff Dannon, abogado.

—Oiga, no se habrá metido Dan en otro lío, ¿eh?

—Nada de eso —sonrió el joven—. Simplemente, quiero hablar con él. Tengo que hacerle una buena proposición. Honesta, por descontado.

—¡Cuándo se buscará ese granuja un trabajo decente! —refunfuñó Lois—. Siempre anda entre rufianes y gente de mal vivir... Un día acabará con cuatro balazos en la tripa, si no se corrige a tiempo.

—Quizá yo le ayude, señorita Hordane. ¿Sabe si tardará mucho en volver?

Lois se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? —dijo—. Cuando se reúne con sus amigotes en esa maldita taberna... Está tres manzanas más abajo, en la misma acera. Si quiere verle, allí lo encontrará, señor Dannon. Número seiscientos diez.

—Mil gracias, señorita Hordane.

Dannon abandonó la casa y bajó a la calle. No merecía la pena tomar el coche para cubrir una distancia de quinientos metros escasos.

Caminó con paso un tanto rápido. Pronto encontró la taberna, cuyo aspecto exterior no predisponía ciertamente en su favor.

De pronto, cuando se disponía a entrar, vio a una mujer con las mismas intenciones.

—¡Caramba, qué casualidad, Hilda Rodwill! —exclamó.

CAPITULO IX

La joven se volvió, sorprendida.

—¡Tú! —dijo.

—Aquí me tienes —sonrió él—. Hilda, tú cada día más guapa.

—Gracias, Cliff. Dime, ¿qué extraña casualidad ha hecho que nos encontrásemos en este lugar?

Dannon recordó cierta frase pronunciada semanas antes respecto a las casualidades. Pero prefirió no repetirla.

—El destino —contestó, jovialmente, a la vez que agarraba el brazo de la joven—. Te invito a una copa, Hilda.

—Será una taza de café. Beber aquí licor es hacer méritos para una perforación instantánea del estómago. El café será malo, pero, al menos, el agua ha sido hervida y no tiene microbios.

—Sí que estás sarcástica —comentó Dannon, a la vez que descendían la escalera, pues la taberna estaba situada en un semisótano—. ¿Buscas a alguien, Hilda?

—A un amigo —contestó ella, evasivamente.

El local tenía muy poco de atractivo. Dannon decidió que era más conveniente acercarse a la barra.

—Dos tazas de café —pidió.

El *barman* les miró como si tuviera a dos fantasmas delante.

—¿Por qué no piden un poco de jarabe para la tos? —exclamó, despectivamente.

—Si pidiera lo que de veras deseo en estos momentos, sería una estaca para rompérsela a usted en la cabeza. Cuando desee sus chistes, ya le avisaré —contestó Dannon agriamente.

El *barman* arrió velas.

—Lo siento, señor; no fue mi intención molestarles. Ahora mismo les serviré el café —dijo, con más cortesía.

Dannon sacó cigarrillos y ofreció uno a Hilda.

—Yo también busco a un amigo —manifestó—. ¿Coincidiremos?

Ella le miró en silencio mientras encendía el cigarrillo.

—Dentro de unos momentos lo sabremos, ¿no te parece, Cliff?

—Indudablemente.

El *barman* trajo las tazas de café. Dannon puso sobre el mostrador un billete de cinco dólares.

—Guárdese la vuelta y díganos dónde está Dan Yarrow —pidió.

—En un reservado, reunido con unos amigos. Suelen jugar una partida de cartas todos los días, señor.

—Haga el favor de avisarle. Me llamo Dannon.

—Al momento, señor.

El *barman* desapareció por el fondo del local, para volver momentos más tarde.

—Vendrá en seguida, señor Dannon —informó.

—Gracias. —Dannon se volvió hacia la joven—. ¿Se llama Yarrow tu amigo?

—Puede —contestó Hilda, ambiguamente.

Yarrow apareció de pronto en la puerta que daba al departamento de reservados, dirigiéndose hacia la barra. De pronto, un hombre alto y fuerte chocó con él.

Fue un encontronazo un tanto fuerte. Los dos hombres se tambalearon, pero consiguieron mantener el equilibrio.

El otro se excusó.

—Disculpe, amigo.

Y se dirigió hacia la puerta.

Yarrow continuó andando. Súbitamente, palideció de forma espantosa, a la vez que se llevaba la mano al lado izquierdo del pecho.

—¡Me han matado! —gritó.

Dannon saltó del taburete. En un instante comprendió lo ocurrido.

El encuentro había sido provocado hábilmente. Nadie lo había visto, pero un trozo de acero había penetrado en el pecho de Yarrow.

El asesino salía ya. Dannon se precipitó tras él, mientras Yarrow se desplomaba, en medio de un escándalo fenomenal.

—¡Alto! ¡Párese! —gritó el joven.

Pero el asesino estaba ya en la calle. Dannon alcanzó la puerta y pudo verlo correr hacia un coche estacionado en las inmediaciones.

Había un policía de uniforme a pocos pasos.

—¡Ese hombre ha cometido un asesinato! —gritó.

El policía se sobresaltó primero y luego reaccionó. De repente, un coche arrancó a toda velocidad.

Un brazo armado salió por una de las ventanillas. La pistola escupió cuatro o cinco sonoros fogonazos.

Alcanzado de lleno en la cara y en el pecho, el asesino se derrumbó sobre la acera, en medio del espanto de los transeúntes, que se dispersaron precipitadamente en todas direcciones. El policía sacó su revólver para hacer fuego contra el automóvil fugitivo, pero no tuvo tiempo de disparar.

El coche dobló la esquina sobre dos ruedas, con un estremecedor aullido de neumáticos. Había sido una hábil jugada, pensó Dannon, mientras, desanimado, regresaba a la taberna.

Por Yarrow ya no se podía hacer nada. Estaba muerto.

* * *

—¿Era a Yarrow a quien buscabas, Hilda?

Dannon hizo la pregunta mientras, ya en el departamento de la joven, ella preparaba dos copas. Hilda dudó la respuesta un instante.

—¿Qué dirías si contestase afirmativamente? —preguntó al cabo.

—Pensaría que mis sospechas se van confirmando.

—¿Sospechas sobre qué, Cliff?

—Hace unos años se cometió un asalto a un camión blindado. Oficialmente, sólo se perdieron quince mil dólares. La realidad es que los asaltantes se llevaron un botín cien veces superior.

—Y mi padre planeó el asunto.

—Sí, Hilda. A estas alturas, resultaría inútil negarlo.

—Muy bien, Cliff. Prosigue, tengo mucho interés en conocer tus pensamientos sobre mí.

—El botín se repartió sólo parcialmente, poco más de doscientos mil dólares. Restan un millón trescientos mil, que han de ser repartidos entre siete individuos, que son los que tomaron parte en el atraco, en distintos cometidos, por supuesto.

Hilda se sentó en el diván y ocultó las piernas bajo el cuerpo.

—Muy interesante —comentó—. No te pares, Cliff.

—En realidad, ya sólo quedan cinco. Dos han muerto asesinados: Brod Cuthson y Ole Stillmson. Tu padre murió en la cárcel, de un colapso cardíaco, creo.

—Ese fue el diagnóstico —admitió Hilda, impasible.

—Me imagino que tú te portarías como buena hija, visitándolo con frecuencia. Es de suponer también que estés enterada de todos los detalles del asunto. Muerto tu padre, se te podría considerar como la legítima heredera de su parte.

Hubo un instante de silencio. Hilda le miraba por encima de su vaso alto.

—Estás pensando que yo trato de liquidar a todos los que intervinieron en el atraco para quedarme con todo —dijo, al cabo.

—Lo siento, no puedo evitar pensar de otro modo —confirmó Dannon.

—Estás equivocado, Cliff.

—Tendrás medios de probarlo, Hilda.

Ella vaciló un instante.

—Por el momento, no —contestó, finalmente.

Dannon dejó el vaso a un lado.

—Tengo que irme —dijo.

Hilda se puso en pie.

—¿Todavía te decepciono? —preguntó.

—Mientras no seas sincera conmigo, sí.

—Tendrás que esperar, Cliff, tanto si te gusta como si no.

—Bien, ya hemos hablado bastante...

—¡Espera!

Hilda se le acercó.

—No te vayas, Cliff —rogó—. A veces me siento muy sola.

—Habla —exigió él.

—Cliff, te ruego paciencia. Por favor.

Los brazos de Hilda se enroscaron en tomo al cuello del abogado.

Ella pegó sus labios a la oreja del joven.

—Cliff, olvidemos todo por unos momentos —susurró—. No pienses ahora en cosas desagradables; piensa sólo en mí..., en mí...

Los labios de Hilda, suaves y cálidos a un tiempo, recorrieron la mejilla de Dannon hasta reunirse con los otros labios masculinos. El colofón de la caricia fue un beso.

* * *

—Me gustaría saber qué tienes que decirme sobre la muerte de Dan Yarrow —manifestó Dannon, dirigiéndose a su amigo el teniente de policía.

Ronald Mykers sorbió lentamente su taza de café.

—Lo hizo Pete Wharton —contestó, al cabo.

—¿Quién era el tal Wharton?

—Parece ser que quería iniciar una carrera de asesino profesional. Se le encontraron mil dólares en el bolsillo.

—El precio de la muerte de Yarrow.

—Sí.

—Wharton perdió la vida, pero alguien perdió mil dólares —comentó Dannon.

—Seguramente, no le importó la pérdida del dinero. Debía de contar ya con ese gasto.

—Sí, creo que comprendo —dijo Dannon, pensativamente—. Quienquiera que fuese, contrató a un sujeto con el cual no le podrían relacionar. Luego, sus esbirros de confianza taparon a tiros la boca de Wharton.

—Exactamente —confirmó Mykers.

—Los pistoleros que mataron a Wharton no podían hacer lo mismo con Yarrow; podían haber sido reconocidos en la taberna, ¿no te parece?

—Una hipótesis muy ajustada a la realidad. Por supuesto, Wharton era un tipo que sabía hacer bien las cosas. Por lo menos, lo hizo bien en el caso de Yarrow.

—Sí —convino Dannon, pensativamente, al recordar la escena—. Un encontronazo supuestamente casual y una navaja que se clava en un corazón.

—En efecto. Fue un golpe seco, certero, dirigido directamente al corazón. Yarrow debió de sentir sólo un leve pinchazo en el primer instante, pero a los pocos segundos, se desplomó. Tú lo viste, Cliff.

Dannon asintió.

—Es curioso —dijo—. En un caso así, la víctima apenas debe de sentir nada, salvo un golpe o, como tú has dicho, un pinchazo.

—Pero el *shock* sobreviene casi instantáneamente y la muerte se produce a los pocos momentos. Bien, Cliff, ¿no tienes nada más que preguntarme?

—Sólo una cosa, Ron. ¿Qué se sabe de los pistoleros que liquidaron a Wharton?

—Nada, salvo que el coche era robado. Tenían otro preparado a cosa de mil metros; cambiaron de vehículo y se esfumaron.

—Como fantasmas.

—Es una palabra adecuada. Pero, ¿no les viste tú la cara?

—Me pareció captar la imagen de dos enormes bigotes, aunque no tuve tiempo de ver más detalles, Ron.

—Lo menos que hicieron fue cambiar su aspecto fisonómico, Cliff —aseguró el policía—. Bien, ya no puedo entretenerme más.

-Gracias, Ron.

Mykers abandonó la cafetería. Dannon se quedó solo y pidió su segunda taza de café.

De pronto se le ocurrió que sería una buena idea visitar a Fay Loomis.

CAPITULO X

Fay le recibió con el cabello alborotado, envuelta en una bata y con visibles señales de contener un bostezo.

—No hay derecho —se quejó ella.

—¿He cometido algún pecado? —preguntó Dannon.

—Usted quiere verme siempre guapa y atractiva. Ahora va, llega y me saca de la cama... Ande, entre y suelte lo que tiene que decirme —contestó Fay, con insospechado buen humor.

—Tengo que decirle muchas cosas, pero si tan mal se siente, ¿por qué no se arregla un poco?

—Primero déjeme ducharme. Luego le invitaré a desayunar.

—¿A las doce del mediodía?

—Yo me acuesto muy tarde, Cliff.

—Sí, es cierto.

—Bueno, siéntese por ahí y aguarde.

Fay vino media hora más tarde, con una bandeja en las manos, compuesta y arreglada, aunque sin la menor sombra de maquillaje en el rostro, lo que, a ojos de Dannon, la hacía mucho más atractiva. Dannon observó que el desayuno de la joven consistía en un jugo de frutas y un par de tostadas con una imperceptible capa de mantequilla.

—No me mire así —dijo ella—. Suelo comer mucho más, pero a estas horas no tengo apetito.

—Oh, su línea no me preocupa en absoluto. Aunque engordase diez kilos, me seguiría gustando igual.

—Entonces, tendría que pagarme ropas nuevas —rió Fay—. Bien, mientras simulo alimentarme, dígame qué hay de nuevo por este perro mundo.

—Dos asesinatos —dijo él—. Dan Yarrow y el hombre que lo apuñaló.

—Ha muerto el hermano de Brigh —murmuró ella.

—Sí. No tengo la menor idea de los motivos, pero le asestaron una puñalada en el corazón. Yo estaba a seis pasos de distancia.

Fay le miró horrorizada, Dannon relató ampliamente todo lo ocurrido.

Al terminar, ella le hizo una pregunta:

—Cliff, ¿qué conclusiones saca usted de todo este asunto?

Dannon se puso en pie y empezó a pasearse por la estancia.

—Para mí, Yarrow andaba también tras el dinero de la Truck Security.

Creo, incluso, que no debe quedar duda sobre este aspecto de la cuestión. Ahora bien, ¿quién ordenó su muerte?

—Una incógnita difícil de despejar.

—Quizá no tanto, Fay.

—¿Qué quiere decir, Cliff?

Dannon detuvo sus paseos y la miró.

—Yarrow quiso asesinar a Lattie Kowson. Quizá se trate de una represalia —opinó.

—Pudiera ser —admitió ella.

—Usted trabaja en The Fire Sword. Trabajó también en la T. S. Aquí investigó también a conciencia. Investigue también en el local de Kowson.

—No es mala idea, Cliff. Pero, según me parece, yo le había dicho algo de viajar a Sao Paulo.

—Olvídelo —rechazó él la propuesta.

—¿No quiere ayudarme?

—Sí, pero los viajes en avión me aterran.

—Usted es un hombre de esta época, Cliff. No me venga ahora con una excusa semejante.

Dannon sonrió.

—La verdad es que creo haber tenido una idea mejor

—manifestó—. Y, además, se ahorrará usted un buen puñado de dólares. .

—Venga esa idea, Cliff.

—Cinco cablegramas. Hay que decir a los supervivientes del asalto que es hora de repartir el botín.

—Oh, usted quiere hacerlos volver al país.

—Justamente, Fay.

—El plan es mangífico, aunque he de formular una objeción.

—¿Grave?

—¿No habrán establecido una contraseña para saber si un mensaje es falso o auténtico?

—En todo caso, podemos intentarlo. Es más, creo que tengo una posible solución para ese problema.

—Es usted un hombre de recursos. El día en que asesine a mi esposo por celos, le contrataré a usted para que me defienda.

—En ese caso, tendrá que buscar a otro defensor, porque la víctima de sus celos seré yo.

Fay se echó a reír.

—No sea presumido —dijo—. Da la casualidad de que usted no es mi tipo.

—Hace días le dije algo sobre las murallas sólidas. No deje de tenerlo en cuenta, Fay —se despidió Dannon.

La solución podía ser un tal Andy Mac Lurr, director y propietario de una acreditada agencia de detectives privados, al que Dannon conocía de sus tiempos de policía.

Por otra parte, también había necesitado de sus servicios detectivescos en un par de casos en que había debido actuar ante los tribunales. La amistad entre los dos hombres se había cimentado después de que

Dannon hubiese decidido pasar a la vida privada y ejercer la abogacía.

—¿Cómo andas de trabajo ahora, Andy? —preguntó el joven, después de los primeros saludos.

—No me falta, por fortuna. Aunque en mi agenda hay siempre un hueco para un buen amigo. ¿De qué se trata, Cliff?

—Un asunto valorado en un millón trescientos mil dólares.

Mac Lurr silbó.

—¡Vaya pesca! —comentó—. ¿Quién tiene el dinero!

—Por ahora, se ignora...

Dannon empezó a hablar. Mac Lurr le escuchó en completo silencio durante casi media hora.

Al terminar, el detective dijo:

—Es curioso, Cliff. Hace unos años, alguien me pidió también informes sobre esos tipos.

—¿Quién fue? —preguntó Dannon, vivamente.

—Lo siento. Realmente, desconozco la identidad de mi cliente.

—Andy, no digas...

—Escucha, Cliff, como he mencionado, hubo quien me pidió informes sobre los asaltantes del camión blindado. Fue un encargo un tanto fuera de lo común.

Recibí una carta con un buen fajo de billetes y la petición de que averiguase el paradero de siete personas que, se suponía, estaban en el extranjero. Tengo relaciones con agencias de detectives en otros países y empecé a pedir informes.

«Costó bastante dinero, pero el encomendante abonó la factura sin rechistar. Naturalmente, nuestra relación era exclusivamente por carta, dirigidas las mías a un determinado apartado de Correos y a un nombre, indudablemente falso, de un tal Lou Jones. Eso es todo lo que puedo decirte, Cliff —concluyó Mac Lurr su relato.

—¿Cuántas cartas le escribiste?

—Bastantes. Los fondos que envió con la primera eran insuficientes, pero remitió más sin protestar, cuando se lo solicité.

—¿Escribía a mano o a máquina?

—A máquina y sin firmar. Es decir, la firma era también mecanografiada, aunque sin rúbrica. En alguna de las cartas observé más

de un error mecanográfico, pero Jones no los corrigió siquiera a mano. Tachaba con una serie de equis, si la palabra era larga, o escribía otra letra encima. Nunca encontré el menor rasgo de escritura manual.

—Un tipo indudablemente listo —dijo Dannon—. Y, es de suponer, apenas terminó la correspondencia, la máquina iría a parar al fondo del Hudson.

—Lógico, Cliff.

—Por el papel, quizá, se podría conseguir algo..., pero hablemos de otra cosa, Andy.

—Sí, como quieras.

—¿Tienes algún corresponsal en Sao Paulo? No digo enviar a uno de tus muchachos, porque eso podría hacerlo yo también y resultaría muy caro. Solamente se trata de comprobar cómo reacciona un individuo después de que yo le haya enviado un telegrama.

—Puedo hacerlo perfectamente —aseguró Mac Lurr—. Dame los datos y no te preocupes por la minuta.

—Hasta que me la pases al cobro —rió Dannon.

—Siempre soy módico con los buenos amigos, Cliff.

Dannon escribió unas líneas en un papel y se lo entregó a Mac Lurr. Acto seguido, se puso en pie.

—No dejes de darme pronto buenas noticias, Andy —se despidió.

—Descuida.

Dannon salió a la calle. Había una cosa que le preocupaba desde hacía algunos días. Era algo que quería aclarar, aunque casi más bien en el sentido personal.

Debía hablar con Jack *el Ruso*. Alguna vez había mencionado su nombre delante de Fay, pero la muchacha había contestado siempre con evasivas.

Bien, ahora era el momento de poner en claro la relación que había entre los dos, porque no podía olvidar que el mismo día en que la conoció, ella había estado hablando con aquel tipo que de ruso sólo tenía el apellido.

* * *

Era inútil buscar a Ivanovitch por los lugares en que se podía encontrar. Lo más seguro era ir a su casa, cuya dirección le facilitó el teniente Mykers.

El Ruso no estaba en casa. Dannon no se arredró. De sus tiempos de policía conservaba aún algunos trucos, que le permitieron abrir la puerta sin demasiadas dificultades. Se sentaría a esperarlo, porque el sujeto volvería un momento u otro.

El piso estaba sucio y olía. Dannon abrió un par de ventanas, a fin de

que se airease el ambiente. Mientras, se dedicó a husmear por todas partes.

—Tendré que dejar todo con el mismo desorden que a mi llegada —se dijo, sarcásticamente,

Hacía un poco de calor. Dannon se preguntó si habría una botella de cerveza en el frigorífico. Había visto un par de botellas de licor, pero no tenía ganas de beber líquidos fuertes.

No había botellas, pero sí latas de cerveza, lo que le llenó de satisfacción. De pronto, vio algo extraño en el fondo del frigorífico.

Le picó la curiosidad. Era, aparentemente, una caja de seis latas de cerveza, pero había algo que salía por uno de los lados de la tapa, como un pequeño mechón de cabellos.

Dejó la lata a un lado y sacó la caja. Levantó la tapa y encontró una máscara completa, con pelo abundante y un enorme mostacho.

Un gesto de preocupación se dibujó inmediatamente en su rostro. ¿Qué le recordaba aquel frondoso bigote?

De repente, se acordó de Dan Yarrow y de Pete Wharton. Un segundo más tarde, se precipitaba hacia el teléfono.

Llamó a su amigo, el teniente Mykers.

—Ron, estoy en casa de Jack *el Ruso* —dijo, excitadamente—. Ven pronto; creo que es uno de los asesinos de Wharton.

CAPITULO XI

La puerta se abrió y el dueño del piso cruzó el umbral. Vio al individuo sentado en una butaca y lanzó un gruñido:

—Eh, tú, ¿qué diablos haces con esa máscara puesta? Duke, hay cierta clase de bromas que no me gustan, ¿lo entiendes?

—A mí tampoco me gustan los tipos que disparan a matar —manifestó Dannon, a la vez que se quitaba la máscara.

Ivanovitch pegó un respingo.

—¡Usted!

—Aquí me tienes, Jack —sonrió Dannon—. ¿Quién te ordenó matar a Pete Wharton?

Las facciones del sujeto se endurecieron.

—No sé de qué me está hablando —contestó.

—Los dos pistoleros que mataron a Wharton usaban ambos sendos bigotes, muy grandes, evidentemente, para llamar la atención sobre este detalle piloso, que luego desaparecería, cuando se quitasen las máscaras respectivas. Uno conducía y el otro acribilló a Wharton. ¿Fuiste tú, Jack?

—No soy de esa clase de gente, teniente —refunfuñó el hampón.

—¿De veras ? Me haces reír, Jack. Ahora mismo estoy viendo un bulto en el lado izquierdo de tu chaqueta. Al Departamento de Balística de la policía le gustaría mucho comparar los proyectiles que se extrajeron del cuerpo de Wharton con los que dispara esa pistola.

—Se la daré cuando quiera. Yo no disparé contra ese fulano.

—Entonces, conducías el coche. No hay otra alternativa, Ruso. Pero, dime, ¿por orden de quién lo hicisteis?

Ivanovitch apretó los labios.

—No sé nada —respondió, hoscamente.

—Muy bien, hablemos de otra cosa. ¿De qué conoces tú a una chica que se llama Fay Loomis?

—Ah, me vio hablando con ella una vez... Bueno, pregúnteselo a la interesada.

—Eres muy evasivo, Jack. Pero esta máscara puede ponerte en un aprieto.

—¿De veras? La usé para un baile de disfraces que se celebró en casa de unos amigos.

—Y luego, para que se conservase bien, la guardaste en el frigorífico.

—Será mejor que se largue —dijo Ivanovitch—. Ya hemos hablado bastante. Vamos, fuera de mi casa.

—¿Qué pasaría si no me quisiera ir? —preguntó Dannon, con la sonrisa en los labios.

—Le echaré a patadas. Créame, hablo en serio.

—Muy bien, me iré, pero no puedes impedirme que espere en el pasillo.

—¿A quién? ¿Es que va a venir alguien?

—Sí, el teniente Mykers. Lo he avisado hace un rato, pero, claro, el tráfico es tan intenso en Nueva York que...

Ivanovitch ya no dijo nada. De súbito, giró sobre sus talones y echó a correr.

Antes de que Dannon pudiera hacer nada, el Ruso había desaparecido ya de la casa.

Sin embargo, Dannon no se resignó a permanecer inactivo y corrió tras el individuo. Pero Ivanovitch le llevaba una buena ventaja y bajaba por la escalera, para no perder tiempo con el ascensor, saltando los peldaños de dos en dos.

De súbito, se oyeron unas voces abajo, en el portal:

—¡Quieto, Jack! ¡Levante las manos!

Estalló un disparo. Luego sonaron varios más en rápida sucesión.

Dannon se asomó por el hueco, aferrado a la barandilla con ambas manos. Por el último tramo de escaleras rodaba el cuerpo de un hombre, que se quedó quieto al llegar al suelo.

* * *

—Sacó la pistola tan inesperadamente, que reaccionamos por puro instinto. Aun así, uno de mis hombres tiene un agujero en una pierna.

Dannon contempló con gesto pensativo el cadáver que se sangraba lentamente a unos pasos de distancia.

—A mí también me sorprendió —dijo—. Echó a correr de repente y no pude alcanzarlo.

—¿Mencionó algún nombre, Cliff? —preguntó el teniente Mykers.

—Duke. No sé quién pueda ser, aunque me dio a entender que él conducía el coche. Claro que esto no debe ser tomado como artículo de fe; cuando le acusé de haber disparado contra Wharton, dijo que él no lo había hecho. Entonces yo le dije que había conducido el coche, pero ya no me respondió.

—Uno de los dos lo hizo, aunque..., ¿quién diablos será ese Duke?

—Eso ya es cosa tuya, Ron. Si no tienes inconveniente, me gustaría irme.

—Ninguno, Cliff.

Dannon salió a la calle y subió a su coche. Media hora más tarde, llamaba a la puerta del departamento de Fay.

La muchacha en persona salió a recibirle.

—¡Hola, Cliff! —saludó, amablemente—. Entre, por favor.

—Gracias, Fay.

—¿Quiere tomar algo? ¿Café? ¿Una copita?

—No, no me apetece. Sólo he venido a hablar con usted.

—Lo que no es poco —sonrió ella—. Pero, Cliff, ¿por qué está tan serio?

—Acabo de ver morir a un hombre acribillado a balazos, delante de mis propios ojos, Fay.

Ella mostró claramente el horror que le producía aquella respuesta.

—Se mezcla usted con gente muy peligrosa —dijo.

—Con la misma clase de gente que se mezcla usted —respondió Dannon, acusadoramente.

—¿Por qué no habla claro? Si tiene algo que reprocharme, dígallo de una vez y no pierda el tiempo en rodeos.

—Está bien. Se trata de Jack *el Ruso*. Lo vi hablando con usted en la cafetería a la cual suelo ir casi a diario. Eso ocurrió el día que nos vimos por primera vez.

—Ah, conque era eso —murmuró Fay.

Levantándose de su asiento, empezó a pasearse nerviosamente por la estancia.

—Me amenazó, Cliff —dijo.

—Lo vi claramente. Pero, ¿por qué?

—Simplemente, vino a decirme que me olvidase del asunto de la Truck Security o me costaría caro.

—Pero, ¿cómo sabía él...?

Fay se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, ni tampoco le había visto hasta aquel momento —respondió—. Me preguntó si yo era Fay Loomis, contesté afirmativamente y entonces soltó su amenaza. Yo le dije que no me asustaba, él volvió a repetir sus palabras y se marchó, eso es todo.

—Pero, entonces, ¿a quién buscaba usted en la cafetería?

—¿No se siente capaz de adivinarlo, Cliff?

—¿A mí?

—Efectivamente.

—Pero no me dijo nada allí...

—Solamente quería estudiarlo un poco. Lo que vi en la cafetereía fue suficiente para inclinarme por usted. Había un par de candidatos más, pero los descarté en el acto.

—Eso sí que es un flechazo —rió él.

—No es cosa de risa, Cliff —dijo Fay, muy seria—. Mi padre murió y sus asesinos continúan en libertad.

—A pesar de todo, insisto que pudo decirme algo en aquel mismo sitio.

Sus razones no me convencen demasiado, Fay, perdone la franqueza.

—Hombre, compéndalo —exclamó ella, malhumorada—. No tenía entonces suficiente dinero. Primero tenía que visitar a Cargill.

—Oh, sí, es cierto. Entonces, Jack no le dijo quién le enviaba a amenazarla a usted.

Fay hizo un gesto negativo.

—Lo siento, Cliff —respondió—. A ese respecto me siento tan a oscuras como usted.

* * *

En Sao Paulo, Brigh Yarrow recibió un cablegrama:

«Regresa para lectura testamento abuelo y reparto herencia.»

Yarrow soltó una risotada feroz.

Era un mensaje falso. No llevaba la contraseña convenida, aunque era preciso admitir que estaba redactado con mucho ingenio.

Tres días después, recibió una carta muy breve, acompañada de dos recortes de periódicos, referentes a las muertes de Cuthson y Stillmson:

«Alguien quiere hacer un *picnic* de un millón trescientos mil dólares. Y lo quiere hacer a su costa y a costa de cuatro tontos más. Si continúa en Sao Paulo, puede que acabe como Cuthson y Stillmson. Alguien le llevará tal vez flores a su tumba, pero los muertos no perciben el aroma de las flores.»

Yarrow lanzó un rugido de rabia. No tardó mucho en llamar a la recepción del hotel y encargar un pasaje para el primer avión que saliese con rumbo a Nueva York.

Cuando salía del hotel para dirigirse al aeropuerto, un hombre se cruzó con él. Era un viajero recién llegado, que le miró con estudiada indiferencia.

Pero, de pronto, el hombre que había cometido ya dos perfectos asesinatos, reparó en el botones que salía detrás de Yarrow con las maletas en las manos. Una súbita sospecha hirió su mente y se dirigió a la recepción para confirmarla.

—El señor Yarrow se dirige a Nueva York —le informaron—. Saldrá en el avión que despegue a las catorce y veintisiete minutos.

Shoune Jerquod se quedó pensativo unos instantes. Luego pidió un impreso para enviar un cablegrama urgente.

En la puerta del hotel, un sujeto que parecía muy interesado en la lectura del *Jornal das Noticias*, vio a Yarrow montar en un taxi, en el cual fueron depositadas también las maletas. Siguió al sujeto hasta el aeropuerto y comprobó su decisión de viajar a Nueva York.

El detective se enteró también del número del vuelo y de la hora de

llegada del avión a Nueva York. Inmediatamente envió un cablegrama dirigido a Andy Mac Lurr.

Veinticuatro horas más tarde, Jerquod recibió un escueto mensaje: «Regrese. Director empresa.»

* * *

Los ojos de Hilda Rodwill se iluminaron al reconocer al hombre que había llamado unos instantes antes y que estaba parado ante el umbral de la puerta.

—Una sorpresa muy agradable —dijo.

—Oír eso también me agrada mucho a mí —contestó Dannon—. ¿Te importa que entre?

Hilda se colgó de su brazo.

—No me gustaría que te quedases en el pasillo —contestó.

Y una vez que hubo cerrado la puerta, se agarró a su cuello con ansia y le besó fuertemente.

—Casi estaba a punto de llamarte —dijo después, mientras preparaba dos copas—. Pero diríase que me

has adivinado el pensamiento y has venido antes de que descolgase el teléfono.

—Sin duda querías decirme por qué fuiste a aquella taberna el día en que mataron a Yarrow.

Hilda dejó de sonreír en el acto.

—¿Es que no puedes olvidar ese suceso? —preguntó.

—No.

—Lo siento. Es un asunto personal mío, Cliff.

Dannon cogió la copa que le ofrecían.

—Hay una cosa que no puedo olvidar, Hilda —manifestó—. Eres la hija del hombre que planeó el asalto al camión blindado de la T. S.

—Y me consideras su heredera.

—A decir verdad, sí.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—Si no tienes más que decirme...

—Por culpa de ese dinero, han muerto muchas personas. Me gustaría saber qué parte tienes tú en esas muertes.

—Ninguna, Cliff.

—Es difícil creerte...

—Pero, ¿qué diablos te interesa a ti ese condenado asunto? —exclamó ella de mal talante—. Ya no estás en la policía, Cliff.

—Te diré la verdad. Lo hago por encargo de la hija del hombre que murió en el asalto, Joe Loomis. Ella quiere que se castigue a sus asesinos.

Hilda lanzó una burlona risotada.

—Y tú, claro, eres el valiente caballero que ha prometido castigar a los malvados —comentó sarcásticamente—. Pero también ella puede querer ese dinero.

—Ah, has dicho «también». Una palabra muy comprometedora, Hilda. Ella se mordió los labios. De pronto, arrancó hacia la puerta y la abrió.

—Sal, Cliff —ordenó.

Dannon apuró tranquilamente su copa y luego se dirigió con paso mesurado hacia la salida.

—Acabas de tener un gesto muy revelador —dijo—. Es lo que se suele llamar un claro deslinde de posiciones.

—Estás equivocado, pero no trataré de sacarte de tu error. ¡Vete, Cliff!

Dannon se tocó con dos dedos el ala del sombrero de fieltro.

—No olvides que, a partir de este momento, estamos a ambos lados de la barricada —dijo, a guisa de despedida.

CAPITULO XII

—Tengo que darte una noticia —dijo Andy Mac Lurr.

—¿Buena? —preguntó Dannon.

—En realidad, son cinco noticias. Cinco tipos han abandonado sus residencias en el extranjero y vuelan hacia Nueva York. Alguno de ellos, como Yarrow, ha llegado ya.

—Sí, son buenas noticias, Andy. Vigíame a Yarrow, ¿estamos?

—De acuerdo. Adiós, Cliff.

Dannon llamó a Fay a continuación, pero la mucha cha no contestó. Al consultar la hora, Dannon se percató de que estaba en su trabajo, en el Fire Sword.

«Iría a verla al día siguiente», se dijo. Y, sin más, se enfrascó en la lectura de unos documentos legales. Tampoco él podía descuidar su trabajo de abogado.

A la mañana siguiente, un hombre llamó a la puerta del departamento de Fay.

La muchacha se levantó, medio dormida todavía. Envuelta en una bata, acudió a abrir.

Un gesto de perplejidad se dibujó en su rostro al verse ante un hombre de mediana edad, con gafas de cristales de suave color, bigote entrecano, muy frondoso, y sonrisa amable.

—Buenos días, señorita —dijo, quitándose la gorra—. Soy Bert Sánchez, empleado de la Compañía de Electricidad. Hemos recibido un aviso de que se ha producido una avería...

Fay puso cara de extrañeza.

—¿Avería? Yo no he avisado. Todo está en perfecto orden, señor Sánchez —dijo.

—Oh, quizá se trata de un error. Sin embargo, ¿me permite comprobar rápidamente su instalación, a fin de dar mi informe al encargado de esta sección?

—Sí, claro, no faltaría más, señor Sánchez.

—Mil gracias, señorita.

El operario se adentró en la casa. Fay se dirigió a la cocina. Debería esperar a que se marchase el sujeto para entrar en el baño. Mientras, podía prepararse una taza de café.

Apenas había puesto el agua a calentar, llamaron a la puerta. Fay, un

tanto enojada, se dirigió a abrir.

—Ah, es usted —dijo.

—¿Molesto? —preguntó Dannon.

—No, ya me han sacado de la cama.

Dannon oyó ruidos en el interior de la casa.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un electricista. Está revisando la instalación. Pero venga a la cocina y tomará café conmigo.

—Muy bien. Fay, tengo que decirle cosas muy interesantes.

—Estupendo. ¿De qué se trata?

—En primer lugar, vaya preparando dos mil quinientos dólares. Es la factura que me pasarán dentro de unos días por cinco cablegramas.

—Un poco caros, ¿no cree?

La voz de Sánchez se oyó en la sala:

—¡Todo en orden, señorita!

Fay se asomó a la puerta de la cocina.

—No había avería, ¿verdad?

—En absoluto. La instalación se halla en magníficas condiciones. — Sánchez se descubrió nuevamente—. Adiós, señorita.

Dannon y Fay quedaron a solas nuevamente.

—Bien, ¿cuál es su plan, Cliff? —quiso saber ella.

De nuevo llamaron a la puerta. Fay hizo un gesto de desagrado.

—Mi casa parece hoy un parque público —dijo, a la vez que se dirigía a abrir.

Dannon la oyó hablar con una mujer. Luego, Fay volvió nuevamente a la cocina.

—Sigamos hablando, Cliff —propuso.

—¿Ya no nos molestarán más? —sonrió él.

—Oh, no, en absoluto. Era una vecina con su perrito, la señora Marquand, una vieja algo chiflada. Resulta que tiene una avería en la conducción de agua y me ha pedido permiso para bañar a su perrito en mi bañera. Es una buena mujer y... Pero sigamos hablando, Cliff.

—Vayamos a ello —dijo Dannon—. Yarrow ha llegado ya a Nueva York. Los otros cuatro están en camino.

—¿Se reunirán?

—Intentaremos que se reúnan. Será preciso que nos digan dónde está...

Un horrible chillido, que sonaba al mismo tiempo que un lastimero ladrido, interrumpió bruscamente a Dannon.

Fay tenía la taza y el plato en las manos, y se le escaparon, a causa del sobresalto sufrido. Dannon dio media vuelta y echó a correr hacia el cuarto de baño.

La señora Marquand salió enloquecida a su encuentro:

—Mi «Dickie»... Está muerto..., muerto... —gemía entrecortadamente—.

Lo metí en el agua y...

De pronto, dio media vuelta y corrió de nuevo hacia el baño, a la vez que llamaba a su perrito a grito pelado:

—«¡Dickie!» «¡Dickie!»

Dannon saltó hacia ella y la sujetó por los hombros!

—No cometa imprudencias, señora —exclamó enérgicamente—. Fay, llévesela, por favor.

—Sí, Cliff —contestó la muchacha—. Venga conmigo! señora Marquand...

La anciana sollozaba afligidamente.

—Pobre «Dickie»..., era todo lo que tenía en este mundo...

Dannon se asomó a la bañera. El can, un *fox-terrier* pelo duro, yacía inmóvil en el fondo de la bañera, cubierto casi totalmente por el agua. «Era una muerte un tanto extraña», pensó.

Momentos después, descubría dos cables conductores, con los terminales pelados, sin aislantes. Las causas de la muerte de «Dickie» aparecían ahora completamente claras.

* * *

Dannon esperó a que Fay hubiera consolado a la señora Marquand, acompañándola un rato en su departamento. Los cables eléctricos habían sido desconectados.

Fay vino momentos más tarde.

—Pobre señora —comentó—. Quería tanto a «Dickie»...

—«Dickie» le ha salvado a usted la vida —dijo Dannon, muy serio.

—¿Cómo? —ella le miró sorprendida—. ¿Qué quiere decir usted?

—¿Comprobó las credenciales del electricista?

—No, me pareció un buen hombre y...

—¿Tenía usted avería en la instalación?

—El señor Sánchez dijo que se había recibido un aviso y venía a reparar la avería —contestó Fay—. ¿Por qué iba a dudar de él?

—Porque es usted una ingenua. Lo que hizo Sánchez, en realidad, es conectar dos cables de modo que tocaran agua. Tanto si se hubiese duchado como si se hubiera bañado, habría perecido electrocutada, como murió «Dickie».

Fay se sentó en una silla. Las piernas se negaban a sostenerla.

—Entonces... vino para asesinarme...

—Justamente —confirmó Dannon—. Y lo peor de todo es que el nombre de Sánchez, indudablemente, es falso. ¿Qué aspecto tenía ese individuo, Fay?

—Bueno, yo diría que unos cincuenta y tantos años... usaba gafas y tenía bigote con muchas canas. Amable y cortés, desde luego.

—El apellido Sánchez tiene un origen inconfundible. ¿Captó acento español en él cuando hablaba?

—No, en absoluto, Cliff.

—Ese electricista se inventó el apellido —rezongó Dannon—. ¿Qué estatura tenía?

—Más bien mediana. Y era algo cargado de hombros.

Dannon meneó la cabeza.

—No, no puede ser Jerquod —murmuró.

—¿Cómo? ¿Quién es ese Jerquod?

—Un tipo terriblemente peligroso y que posee una astucia infernal, aparte de tener los sentimientos de un tigre. Pero juraría que ese supuesto Sánchez es aún peor.

El teléfono sonó de pronto.

Fay se levantó y corrió hacia el aparato. Instantes después, se lo tendió al joven:

—Para usted, Cliff —indicó.

Dannon se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Quién es? —preguntó.

—Hola, Cliff —sonó la voz de Mac Lurr—. He llegado a tu oficina y no me contestaba nadie, así que me pareció que podías estar en casa de Fay Loomis.

—¿Es algo urgente, Andy?

—Te lo diré mejor en persona. Ven a verme inmediatamente —respondió el detective.

Dannon dejó el teléfono en la horquilla.

—Tengo que salir —dijo—. Cuidado con la gente que llama a su puerta, Fay.

—Es una lección que no desaprovecharé, Cliff —aseveró la muchacha.

* * *

—Este descubrimiento puede variar sustancialmente la marcha del asunto —dijo Dannon, una vez se hubo enterado de la noticia.

—Así opino yo —concordó Mac Lurr—. La verdad es que no lo he sabido porque lo indagase, sino por pura casualidad. Esta mañana, al venir a la oficina, me encontré con Raddon Bray, jefe de vigilantes de Sing-Sing. Lo conozco desde hace años y estuvimos charlando durante un rato. Luego, no sé cómo, salió el tema a relucir. Bray fue quien me dijo lo que había sucedido.

—Y el preso fue a parar a la clínica del doctor Mortensen.

—Sí, se lo concedió el juez, en vista de su estado crítico. El doctor Mortensen tiene su clínica en el propio Ossining, a menos de quinientos metros del penal.

Dannon se puso en pie.

—Entonces, será cosa de viajar hasta Ossining —dijo.

—No te molestes —sonrió Mac Lurr—. De ese asunto se encarga ya uno de mis mejores sabuesos. Antes de mediodía, estará hablando con el doctor Mortensen.

—No sé cómo agradecerte...

—Hace miles de años, los fenicios inventaron una palabra adecuada a situaciones como ésta: dinero. Quizá no me lo agradezcas tanto cuando te pase la minuta, Cliff.

—En todo caso, yo no soy el que tiene que pagarte. Hasta la vista, Andy.

—Te llamaré en cuanto me informe mi agente —prometió Mac Lurr.

Dannon salió a la calle. Las noticias recibidas, ciertamente, alteraban la perspectiva de los acontecimientos. Pero también podían ser causa de confusión.

¿Cuántas personas iban, en realidad, tras el botín de la Truck Security?, se preguntó.

De pronto se cruzó con un individuo, cuyo rostro impersonal le pareció conocido.

Dannon se sobresaltó. Nueva York era una ciudad grandísima, pero, a veces, se producían encuentros inesperados. Aquél le hizo rectificar su opinión sobre las casualidades.

CAPITULO XIII

Shoune Jerquod abrió la puerta de su casa y lanzó sobre un diván el maletín que llevaba en la mano. Apenas lo había hecho, oyó sonar el timbre de llamada, Jerquod se volvió, receloso. Lo primero que hizo fue comprobar si la pistola que llevaba bajo la chaqueta salía fácilmente de la funda sobaquera. Luego avanzó hacia la puerta y abrió.

—¿Puedo pasar? —consultó Dannon con amable sonrisa.

—No le conozco. ¿Qué quiere? —respondió Jerquod desabridamente.

—Quiero venderle un aspirador. O tal vez una enciclopedia.

Jerquod intentó cerrar la puerta. Un pie, colocado oportunamente ante la jamba, se lo impidió.

—Está bien —dijo Jerquod.

Dio un paso atrás y sacó la pistola.

—Márchese o disparo —amenazó.

Sin dejar de sonreír, Dannon cruzó el umbral y cerró la puerta, en la que se apoyó, tras cruzar los brazos.

—Es raro que use una pistola, Shoune —dijo—. Usted parece más aficionado a otros procedimientos que resultan mucho más espectaculares, aunque en un principio parezcan muy discretos. Por ejemplo, la inyección de *curare*... o ahogar a un individuo bajo el agua y hacer luego que parezca un accidente.

—Sabe muchas cosas de mí —murmuró Jerquod—. Eso puede resultarle peligroso, teniente.

—¿No dijo antes que no me conocía?

—Eso no tiene importancia ahora. ¿A qué ha venido?

—Sólo a hacerle una pregunta, Shoune.

—No le contestaré, usted ya tenía que imaginárselo.

—Sí, me lo figuro. Pero, a pesar de todo, se la haré. ¿Puedo sentarme? —consultó Dannon de repente.

Jerquod giró para continuar manteniendo a Dannon bajo la amenaza de su pistola, mientras el joven cruzaba la sala, para sentarse en un amplio diván. Con toda tranquilidad, Dannon sacó un paquete de tabaco y se puso un cigarrillo entre los labios.

—Usted es un asesino caro, pero discreto. Nunca se le ha podido probar nada, aunque tengo noticias fidedignas de que hay un testigo dispuesto a declarar contra usted. Pero esto no es relevante ahora. Lo único que me

interesa es el nombre de la persona que le pagó por asesinar a Cuthson y a Stillmson. ¿Quién es?

Jerquod sonrió desdeñosamente.

—¿Cree que se lo diré? —repuso.

—Ya sé que es usted fiel a quien le contrata.

Ordinariamente, cobra precios muy altos. Pero es seguro y eficiente y, sobre todo, discreto. Sin embargo, en esta ocasión, temo que le han engañado.

—Nadie lo haría. Le costaría caro, teniente.

—El que le pagó por asesinar a esos dos hombres espera conseguir millón y cuarto largo. ¿Qué le ha pagado a usted? ¿Diez mil y gastos? Una fruslería, Shoune créame.

Jerquod frunció el entrecejo.

—Usted está tratando de tirarme de la lengua con el señuelo de una suma elevada —dijo—. Pierde el tiempo; yo jamás me pregunto por los motivos de la persona que me contrata. Cobro, hago el trabajo y eso es todo.

—Una forma de proceder muy conveniente, desde luego —admitió Dannon—. Pero temo que esas dos muertes sean los últimos trabajos que ha hecho como profesional del crimen.

—¿Por qué?

—Usted tenía siete nombres en su lista. Dos han sido tachados ya. Lo que se desea es que los cinco vuelvan a casita, cosa que ha sido conseguida ya en parte, gracias a usted. Por tanto, el hombre que le contrató ya no le necesita.

—Si no conoce su identidad, ¿cómo sabe tantas cosas?

—Este es un asunto en el que estoy metido desde hace meses —respondió Dannon—, ¿No ha oído nunca hablar de la caza con reclamo?

—¿Tiene eso algo que ver con mi asunto?

—Efectivamente, porque usted contaba con cumplir siete ejecuciones y ganarse una suma mayor que lo de ordinario. Pero el que le pagó, se va a contentar con dos muertes. Usted ya está descartado de su juego: es más, yo diría que, incluso, ha sido condenado a muerte.

* * *

Hubo una pausa de tenso silencio. Jerquod miraba fijamente al hombre que tenía ante sí, como si quisiera penetrar en el interior de su cerebro.

—Así es, Shoune, aunque usted no lo crea —dijo Dannon, pasados algunos segundos—. Y si ese tipo le va a liquidar, ¿para qué lo quiere usted encubrir, basándose en una mal entendida lealtad?

Jerquod inspiró con fuerza.

—No le creo una sola palabra —contestó—. Pero yo le diré otra cosa.

Váyase y seguirá viviendo.

—¿Se largará usted a continuación de que yo me haya ido?

El asesino vaciló.

—Ha sido una maldita casualidad —rezongó.

—En este caso, desde luego —admitió Dannon. De pronto, mientras miraba a su alrededor, exclamó—: Oiga, ¿sabe que tiene una casa muy bien puesta? Claro con el dinero que gana... Este diván, sobre todo, es comodísimo; se deben de dormir en él unas siestas estupendas. Yo mismo, si no estuviera viendo su pistola, trataría de dar una cabezadita.

—Vamos, lárguese —refunfuñó Jerquod.

Pero Dannon no le hizo el menor caso. Estiró los brazos y alargó las piernas.

—¡Ah, qué bien se está aquí! —dijo—. ¿Sabe?, he estado trabajando toda la noche y...

Las piernas de Dannon estaban justamente bajo la mesita. De repente, las disparó hacia arriba con todas sus fuerzas.

La mesa golpeó a Jerquod en el pecho y los brazos, haciéndole trastabillar. El arma voló de sus manos.

Dannon se arrojó de cabeza contra él, como un jugador de *rugby*. Su frente impactó duramente contra el pecho del asesino, derribándole por el suelo.

Jerquod blasfemó horriblemente. Trató de defenderse, pero era hombre que había cultivado poco sus músculos, fiado más en otra clase de armas. Cuando quiso reaccionar, ya tenía el brazo derecho a la espalda.

Dannon lo sujetaba con dedos de hierro.

—Ahora hablará, Shoune —dijo—. El dolor le obligará a responder a mi pregunta. Créame, cuando a uno le hacen una presa semejante, dice todo lo que el otro quiere saber.

Jerquod emitió un gemido de dolor. Dannon aumentó lentamente la presión.

—Los huesos del brazo son bastante largos —dijo—. Puedo rompérselos en muchos trozos, si no contesta a la primera. ¿Qué me dice, Jerquod?

—Su... suélteme... —jadeó el asesino.

En lugar de acceder, Dannon acentuó la presión. Se oyó un leve crujido, seguido de un grito de dolor.

—¡Basta, maldito!

—Cuando haya hablado, le soltaré, no antes —dijo Dannon, inflexible.

—Está bien. La verdad es que...

La puerta del piso se abrió de pronto. Un hombre, armado con una pistola dotada de silenciador, apareció en el umbral.

El individuo se sorprendió un instante al ver que Jerquod no estaba solo. - Pero su vacilación sólo duró un segundo muy corto. Casi en el acto, empezó a disparar.

Dannon soltó a Jerquod y se tiró al suelo, rodando velozmente sobre sí mismo, para escapar a las balas que llovían desde la pistola. Pero todos los proyectiles iban a clavarse en el cuerpo del asesino.

El último, disparado desde cuatro pasos de distancia, le voló literalmente la tapa de los sesos. Jerquod se desplomó al suelo y quedó inmóvil.

Dannon estaba tras el diván. Por un momento, temió que el asesino la emprendiera ahora con él, pero no fue así.

La puerta se cerró de golpe. Dannon estaba desarmado y no tenía tampoco ganas de intervenir en un ti

roteo, usando el revólver de Jerquod. Las pistolas no eran su fuerte, aunque conociese su manejo, y puesto que había salvado la vida, prefería continuar observando prudencia.

Lentamente, se puso en pie. Evitó mirar el cadáver del asesino. Se acercó a una de las ventanas y miró a la calle.

Un coche arrancaba en aquel momento. Fue todo lo que pudo ver y, salvo el color, gris oscuro, no consiguió captar otros detalles.

Meneando la cabeza, se acercó al teléfono. A su amigo Ronald Mykers debía interesarle el suceso.

* * *

—La verdad, casi me dan ganas de pedir que levanten un monumento al que acribilló a Jerquod —dijo el teniente Mykers, mientras dos hombres de la Sanidad se llevaban el cadáver.

—Hubiera podido esperar un poco, ¿no te parece?

—Cliff, si me hubieras llamado antes, quizá hubiéramos conseguido algo más.

Dannon se encogió de hombros.

—No hubieras llegado a tiempo, de todas formas —se disculpó—. Y, por otra parte, yo no podía hacer otra cosa que seguirle. Ahora sé que tenía el piso alquilado a nombre de Martin Morgan, pero si no hubiera venido pisándole los talones, ni siquiera hubiese llegado a saber cuál era su departamento.

—Está bien —suspiró el policía—. ¿Te dijo algo interesante?

—No gran cosa, apenas la confirmación de algo que ya suponíamos. Pero se negó rotundamente a decirme el nombre de la persona que le había contratado.

—Esos tipos actúan siempre así —dijo Mykers, con cara de disgusto—. Y también acaban así, claro.

Dannon tenía su propia opinión acerca del asesinato de Jerquod, pero prefirió reservársela.

—¿Puedo irme ya? —solicitó.

—Sí, desde luego.

Dannon se encaminó de inmediato a casa de Fay. Ella le recibió con una mirada llena de penetración.

—Veo en su cara que ha sucedido algo —dijo.

—Sí, en efecto. ¿Puede darme un trago?

—Claro, ahora mismo.

Fay supo ser discreta y esperó a que Dannon hubiese tomado un par de sorbos. Luego, el abogado le relató lo ocurrido.

—De modo que el asesino de Stíllmson y Cuthson está muerto —dijo ella, cuando Dannon hubo terminado de hablar.

—Hablando crudamente, le han tapado la boca a tiros.

—Para que no hablase.

—No sé quién dijo una vez que, después de la traición, el traidor ya no es necesario. En un sentido estricto, Jerquod no era traidor, pero desempeñó el papel en este asunto. Y también otro más importante.

—¿Cuál, por favor?

—Asesinó a dos de los que intervinieron en el asalto al camión blindado de la T. S. Probablemente, le hablaron de eliminar a los demás, pero el que le encomendó esos asesinatos calculó que tendría bastante con dos.

—¿Por qué? Si quiere quedarse con el botín, parece lógico que trate de eliminar toda competencia.

—Eso es muy cierto. Sin embargo, lo que ha hecho no es más que procurar que los cinco restantes vuelvan al país.

—Han vuelto, ¿no?

Dannon asintió pensativamente.

—Y eso es lo que no acabo de entender yo del todo —dijo—. Pero no cabe duda de que saber que Cuthson y Stillmson están muertos, ha influido poderosamente en su regreso. Por supuesto, yo he hecho lo que he podido, si bien me imagino que igualmente habrán recibido la noticia por otro conducto.

—¿Quién, Cliff?

Dannon levantó la cabeza para mirarla.

—Usted está empleada en el Fire Sword —dijo—. Haga algo.

—No he conseguido averiguar nada. Diríase que Kowson se ha vuelto mudo. Y sus acólitos también, por supuesto.

—Pero no me cabe la menor duda de que anda tras ese botín. Y no le gusta que yo intervenga en el asunto; por eso quiso atraerme a su bando, con el señuelo de nombrarme su asesor legal, con un sueldo principesco.

—Si busca ese dinero, no cabe la menor duda de que lo hace con el máximo de discreción. Cliff —exclamó Fay de pronto—, ¿dónde lo escondieron?

—No lo sé —respondió—. Sin embargo, una cosa es segura: pronto se

va a proceder al reparto. Dónde y cuándo es algo que ignoro, aunque confío en saberlo a tiempo, para impedirlo.

El teléfono sonó en aquel momento. Fay lo tomó, para pasárselo acto seguido a su visitante:

—Le llaman a usted —indicó.

—Gracias. Hola, soy Dannon.

—Andy Mac Lurr —dijo el otro—. Tengo ya el informe.

—Bien, suéltalo.

Mac Lurr habló durante unos momentos. Al terminar, Dannon le dio las gracias y colgó.

—¿Era algo importante? —preguntó la muchacha.

—Sí, Fay.

Pero Dannon no quiso seguir hablando sobre el tema. Se despidió de Fay y salió a la calle, preocupado porque intuía el desenlace del drama y, por el momento, no veía el medio de influir en un final acorde con sus deseos.

CAPITULO XIV

Caía una llovizna pertinaz. Con el cuello del impermeable subido hasta las orejas y el sombrero tapándole casi los ojos, Dannon vigilaba pacientemente la cara situada al otro lado de la calle.

Un gris resplandor se entrevio en el cielo. Aterido y con los músculos entumecidos, Dannon abandonó su observatorio y se dirigió hacia su coche, situado a prudente distancia.

—Una noche perdida inútilmente —se dijo, decepcionado.

Pensó con delicia en un baño caliente. Luego se metería en la cama y dormiría a pierna suelta. Que nadie viniese a molestarle; no pensaba atender las llamadas, fueran de quien fueran.

Llegó a su casa y cerró con doble vuelta de llave. Se quitó el impermeable y el sombrero y los arrojó a un lado. Luego se dirigió al cuarto de baño.

Media hora más tarde, se dispuso a acostarse. Bajó las persianas y se metió en la cama. Antes de dormirse, encendió un cigarrillo.

Puesto que era ya de día, la oscuridad no era completa; había más bien una penumbra muy intensa. Una de las veces, al sacudir la ceniza del cigarrillo que fumaba en el cenicero que tenía al lado, le pareció percibir algo raro en la gran lámpara que tenía sobre la mesilla de noche.

Un oscuro instinto le hizo encender otro fósforo. Miró por debajo de la pantalla y vio una caja cuadrada, negra, sujeta al pie de metal dorado de la lámpara.

El cordoncito que de bolitas metálicas que accionaba el interruptor pendía de la caja negra. Dannon sintió que la frente se le cubría de un sudor helado.

El sueño se le pasó en el acto. Abandonó el lecho y corrió a levantar las persianas. Luego regresó a la mesilla de noche y miró desde arriba.

Segundos más tarde, hacía una llamada telefónica:

—¿Jefatura de policía? Soy el abogado Dannon. Por favor, es muy urgente, avisen al teniente Mykers. Y díganle también que venga con un experto en explosivos.

Dannon insistió una vez más en la urgencia del caso colgó el teléfono. Luego fue a la cocina y puso agua a calentar para el café.

Mykers y el experto llegaron una hora más tarde, Dannon estaba adormilado en un butacón, pero se despertó en el acto, apenas sintió la

llamada.

—Será algo muy grave —dijo Mykers, apenas entró en la casa.

—Me encuentras vivo de milagro —contestó él—.

Vengan los dos, voy a enseñarles algo muy interesante.

Entraron en el dormitorio.

—Vean la lámpara, pero, por favor, no intenten encenderla siquiera —dijo.

Mykers y el experto hicieron lo que les indicaba Dannon.

Se oyó un juramento de grueso calibre.

—Una trampa muy sencilla, pero también muy hábil —calificó el experto—. La bomba habría explotado apenas se hubiese tirado del cordoncillo de metal.

—¿Por qué no la encendiste, Cliff? —inquirió Mykers.

—Cuando me metí en la cama era ya de día.

—Muy tarde te acostaste —observó el policía.

—Tuve trabajo —dijo Dannon evasivamente—. Pero si me hubiera acostado a una hora normal, habría encendido la luz... bueno, hubiera hecho un gesto repetido miles de veces: tirar del cordoncillo que acciona el interruptor.

—Y que ahora acciona esa bomba.

—Justamente, Ron.

El experto estaba desarmando el artefacto. Mykers hizo una pregunta a su amigo:

—Cliff, ¿por qué querían matarte?

—Parece que estorbo a alguien —contestó el abogado.

—Me siento muy receloso. No eres demasiado explícito —se quejó Mykers.

—Tú ya sabes de dónde provienen todos mis contratiempos. ¿Por qué no investigas también en este sentido?

Mykers asintió.

—Conseguiría mejores resultados si me ayudases, Cliff —alegó.

—De acuerdo —cedió Dannon—. Hablaré, Ron.

* * *

—El señor desea una mesa, sin duda —dijo Fay, disponiéndose a anotar en su libreta.

—Gracias, señorita; tomaré algo en la barra —contestó Dannon.

—Muy bien, señor, a su gusto. —Fay bajó la voz repentinamente—, Cliff, ¿a qué ha venido aquí? Es tanto como meterse en la boca del lobo...

—¿Dónde está usted? —sonrió él?

Y se encaminó hacia la barra para pedir un «especial» de la casa.

Permaneció allí unos momentos en actitud neutral. Luego, de repente,

vio una cara conocida.

Aqué! mismo sujeto, meses atrás, le había dado un recado de parte del dueño del local. Podía hacer ahora lo mismo, sólo que a la inversa.

—Eh, usted —llamó.

El individuo se le acercó, mirándole suspicazmente.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó.

—Soy Dannon. Avise a su jefe que deseo hablar con él.

—Oh, ahora le recuerdo...

—Mucho mejor así, gracias.

El aplomo de Dannon impresionó no poco al esbirro, quien, sin más objeciones, se dirigió a cumplimentar la orden. Momentos después, comparecía de nuevo ante el joven.

—Sígame, por favor, señor Dannon.

Lattie Kowson miró a su visitante con interés. Hizo un gesto con la mano y el individuo se marchó, dejándolos solos.

—No esperaba verle, abogado —dijo Kowson—. ¿Ha cambiado de opinión sobre la propuesta que le hice meses atrás?

—Ah, ¿sigue manteniéndola todavía?

—Por supuesto. Sus servicios como abogado me interesan muchísimo.

—Me enorgullece oírle hablar así, pero lo siento, no puedo aceptar. Sólo he venido a recordarle algo que dijo usted unas cuantas semanas antes.

Kowson alzó las cejas.

—Recuérdemelo, ¿quiere? —pidió.

—Con mucho gusto. Le salvé la vida, cuando Dan Yarrow quiso agujerearle el pellejo. Usted mismo lo dijo.

—No lo olvidaré, pero..., ¿tiene eso alguna relación con su visita?

—Sí. ¿Se desquitó usted de Dan Yarrow, pagando mil dólares a un tipo llamado Pete Wharton?

—No.

Era una respuesta tajante. Dannon pensó que se le podía dar crédito.

—Wharton mató a Yarrow, pero, a su vez, fue asesinado por dos sujetos, uno de los cuales era Jack

Ivanovitch, alias *el Ruso*. El otro asesino se llamaba Duke, pero no sé dónde está ni tampoco conozco su apellido. Usted conoce a mucha gente, Lattie.

—No a ese Duke. Ni tampoco tengo ninguna relación con el asesinato de Yarrow, aunque, si he de serle franco, me alegré muchísimo de que alguien lo enviara al otro barrio. Ese es un asunto en el que no he intervenido en absoluto, Dannon.

—Lo celebro por una parte, aunque, por otra, me siento defraudado.

—¿Acaso esperaba que le dijese que sí había ordenado liquidar a Yarrow?

—Por lo menos, confiaba en que me expresase su agradecimiento con algo más que con simples palabras.

—Lo siento. Pero, dígame una cosa, ¿por qué me habla de cosas con las que no tengo la menor relación?

—Es que esas cosas tienen relación con el robo de un millón y medio cometido hace tres años.

—Yo no tuve que ver con ese asunto, Dannon.

—Yarrow le quiso matar a usted. ¿Por qué, Lattie?

Kowson se encogió de hombros.

—Estaba resentido conmigo —contestó—. Trabajó aquí y un día le pillé en falta. No me gustan los ladrones en mi negocio.

—Ya entiendo. —Dannon se levantó—. Dispense por haberle hecho perder el tiempo.

—Ha sido un placer —contestó Kowson, con cara de todo lo contrario—. De todas formas, mi propuesta sigue en pie.

—No interesa —se despidió Dannon lacónicamente

Fay le dirigió una ansiosa mirada cuando le vio volver a la sala.

—¿Algo nuevo? —preguntó disimuladamente.

—Esperaré en su coche —contestó él de la misma manera.

—Conforme.

Dannon abandonó el local y se dirigió a la explanada de estacionamiento. La luz no era muy buena, apenas lo justo para poder moverse entre los vehículos.

Pero junto al coche de Fay había un hombre en actitud que a Dannon le pareció sospechosa. Manipulaba en el motor; no había duda, ya que la tapa estaba levantada.

Dannon echó a correr hacia él. El individuo le vio y simuló intentar la huida, pero era una finta.

De pronto, se revolvió. Dannon apenas si tuvo tiempo de esquivar el golpe que le dirigían con un objeto con tundente. Sintió un terrible dolor en la cabeza y cayó de rodillas.

El otro intentó repetir el golpe. Con los últimos restos de su conciencia y arrodillado como estaba,

Dannon disparó su puño derecho, clavándolo en un bajo vientre.

Se oyó un gemido de dolor. El desconocido se tambaleó y, soltando la llave Inglesa con la que había atacado a Dannon, escapó con irregular carrera.

Dannon cayó de bruces. Todo daba vueltas a su alrededor y, durante unos momentos, sintió un terrible

vértigo, que le incapacitaba para hacer el menor movimiento.

Pasó un buen rato antes de que pudiera ponerse en pie. Hizo un esfuerzo y se sentó en el coche de Fay.

El dolor cedió lentamente, aunque no llegó a pasársele del todo.

Dannon vio la llave de contacto puesta y maldijo la imprevisión de la muchacha.

* * *

Fay salió del local y abrió la portezuela de su coche. Al hacerlo, la lucecita interior le mostró un paquete en el asiento que debía ocupar.

—¿Qué es esto, Cliff? —preguntó.

—Dinamita.

Un escalofrío de horror recorrió el cuerpo de la muchacha.

—¿De dónde la ha sacado usted? —preguntó.

—Estaba junto al motor, conectada al arranque.

Hubo un momento de silencio. Luego, Fay dio media vuelta a la llave de contacto.

—Tiene que contarme cómo lo averiguó —dijo.

—En su casa. No me encuentro muy bien —respondió Dannon.

Fay se asustó más tarde, cuando vio sangre en la sien y la mejilla izquierda del joven. Dannon se sentó en una silla y ella trajo elementos de cura.

Al terminar, preparó café. Dannon echó en su taza una buena dosis de brandy.

—Ahora me siento mejor —dijo—. De todas formas, tengo un zumbido dentro de la cabeza, que me molesta muchísimo.

—Tome un sedante cuando se vaya a dormir —aconsejó ella.

—Aquí —decidió Dannon—. Aunque sea en el diván.

Fay se sintió sorprendida.

—¿No quiere volver a su casa?

—Estoy muy fatigado, créame. El golpe que me propinó ese sujeto no ha tenido nada de benévolo.

—Comprendo. Le traeré una mantá, Cliff.

—Gracias, muchacha. —Dannon sonrió—. ¿Cuándo se casa usted?

Ella se quedó parada al oír aquella pregunta.

—¿Acaso le interesa mi futuro?

—Muchísimo —contestó él.

—Todavía tengo que encontrar a mi pareja, Cliff.

—No me diga que nunca ha tenido pretendientes.

—A montones, por supuesto. No soy tan fea.

—Pero nunca encontró al hombre soñado.

—Hasta ahora.

—¿Qué quiere decir eso?

Fay sonrió suavemente.

—Lo que he dicho —contestó.

La muchacha se alejó.

—Hasta ahora no ha encontrado al hombre soñado —murmuró Dannon —. No lo ha encontrado..., pero puede encontrarlo.

Fay regresó con un par de mantas. Dannon se estiró voluptuosamente en el diván, mientras ella le arropaba.

—Así da gusto —dijo él, satisfecho—. Fay, algún día, un hombre le dirá que es una joya.

—Algunos me lo han dicho ya —contestó la joven maliciosamente.

—Pero ese elogio no tiene el mismo significado que cuando lo dice un marido enamorado.

—No lo sé, aún no he estado casada. Voy a dejarle que descanse, pero antes tiene que decirme una cosa, Cliff.

—Sí, Fay.

—¿Quién puso la dinamita en mi coche?

—Pude verle la cara un instante. Es el mismo que montó la bomba en la lámpara de mi dormitorio y la trampa eléctrica en su cuarto de baño.

—Sánchez —exclamó ella de inmediato.

—La respuesta es correcta. El apellido, en cambio, es falso.

—Entiendo. Buenas noches, Cliff.

—Buenas noches, Fay.

* * *

El teléfono sonó bruscamente, arrancando a Dannon del plácido sueño en que estaba sumido. Sentóse en el diván, apartó las mantas a un lado y corrió hacia el aparato.

La voz de Mac Lurr sonó en sus oídos.

—Tengo una buena noticia para ti, abogado —dijo el detective.

—¿Cómo sabías que estaría aquí, Andy?

Se oyó una risita maliciosa.

—A estas horas, si no estás en tu oficina... Bueno, la noticia es el descubrimiento que ha hecho uno de mis agentes. Hilda RodwiU compró una casita de campo, a ochenta kilómetros al oeste de Nueva York, cerca de Eastón. La compra se hizo unas cuatro semanas antes del atraco al camión blindado.

—Sigue, Andy; lo que me estás diciendo es muy interesante.

—No puedo añadir ya gran cosa, salvo la situación exacta de esa casa de campo. Lo demás es cuenta tuya, por supuesto.

Momentos después, Dannon volvía el teléfono a la horquilla. Entonces se dio cuenta de que Fay le miraba desde la puerta de su dormitorio.

—Parece ser que le han dado buenas noticias —comentó.

—Excelentes —admitió él—. Fay, ¿puedo pedirle un favor?

—Todo lo que quiera. ¿De qué se trata?

—Verá, he estado pensando mucho en el dinero que le quitó usted a

Cargyill...

—Ya le he dicho que fue una restitución —exclamó Fay casi con violencia—. Es algo de lo que no me arrepiento en absoluto.

—No se lo discutiré, pero... usted disfrazó la voz cuando habló con él. Ella le miró con cierta perplejidad.

—Me pareció conveniente —declaró—. Yo iba muy bien disfrazada, pero la voz podía delatarme. Cargyill y yo habíamos hablado en más de una ocasión.

—Comprendo. ¿Se sentiría usted capaz de hablar nuevamente con el tono que empleó al hacerlo con Cargyill?

—Sí, sin dificultad alguna.

Dannón señaló el teléfono.

—Entonces, siéntese y prepárese a efectuar varias llamadas telefónicas, a las personas que yo le indicaré —dijo.

Ella obedeció. No obstante, antes de marcar el primer número, volvió la cabeza y le miró inquisitivamente.

—Cliff, ¿quién mató a Cargvll? —preguntó.

—El teniente Mykers y yo sospechamos, con bastante certidumbre, que se trata de un acto de venganza. Usted se limitó a recuperar su dinero; el otro encontró más satisfactorio llenarle el cuerpo de plomo.

—Entiendo —murmuró ella.

—Tal vez el asesino sabía que ya no podría recobrar el dinero,..., pero eso es sólo algo accidental, sin relación con este asunto.

—Sí, Cliff. Bien, dígame el primer nombre de su lista.

—Ahora mismo, Fay.

CAPITULO XV

El ruido del motor de un automóvil llegó hasta la casa. Hilda Rodwill volvió la cabeza y miró a través de la ventana.

El vehículo se detuvo a pocos pasos del edificio. Dos hombres se apearon de su interior.

—Pero, ¿qué...?

Otro coche apareció casi en el acto, descendiendo por el camino que serpenteaba por la ladera, a cuyo pie se encontraba la residencia. Los dos recién llegados se volvieron extrañados.

Dos hombres más desembarcaron a los pocos instantes. Un tercero llegó solo en su automóvil, apenas treinta segundos más tarde que los anteriores.

—Bueno —exclamó Brigh Yarrow—, creo que ya ha llegado la hora.

—Hemos aguardado más de tres años —dijo Johnny Haid.

—Y dos de nosotros han muerto asesinados —añadió Gary Kells—. Ya no vamos a admitir más excusas.

—En lo que se refiere a mí, este asunto quedará hoy liquidado —dijo Ray Salter firmemente.

El último, Bill Windle, echó a andar resueltamente hacia la casa.

—Ya no es hora de hablar, sino de actuar —afirmó.

Los demás le siguieron sin vacilar. Hilda les recibió en la puerta.

—Me alegro de verles —dijo, con cara de todo lo contrario—. Pero yo no les he llamado.

—¿Ahora excusas? —exclamó Haid burlonamente.

Kells puso una mano en su pecho y la empujó hacia atrás.

—Hay un millón trescientos mil dólares en alguna parte —dijo—. Contándote a ti, como «heredera» de tu padre, somos siete. Por tanto, cada uno de nosotros debe recibir, exactamente, ciento ochenta y cinco mil setecientos dieciséis dólares.

—Has hecho bien las cuentas, Gary —dijo Hilda burlonamente.

—Sólo perdonaré los centavos, pero recibiré hasta el último dólar de mi parte.

—Estamos de acuerdo con él —intervino Haid.

—Muy bien —cedió ella—. La caja con el dinero está ahí.

Hilda señaló una mesa, encima de la cual se veía un gran bulto, cubierto con un paño. Bill Wíndle saltó hacia adelante y apartó el paño.

—La mesa de *picnic* —exclamó jubilosamente.

—Podéis ir contando el dinero —dijo Hilda—. Mientras, yo prepararé café.

Una voz sonó en aquel momento.

—No les aconsejo que abran la caja, amigos —dijo Dannon—. Estoy seguro de que tiene una trampa explosiva y, en cuanto levanten la tapa, todos ustedes saltarán en pedazos.

Hilda lanzó una exclamación de rabia. Dannon la agarró por un brazo y la sostuvo firmemente, ante el asombro y la expectación de todos los presentes.

—¿Quién es usted? —preguntó Salter—. ¿Cómo sabe que la caja tiene una trampa explosiva?

—Pregúntenle a ella —sonrió Dannon—. No hace mucho, dijo que no les había llamado. Ahora se iba, supuestamente, a la cocina, pero, en realidad, se hubiera alejado de la casa, para no ser víctima de la explosión.

—Oiga, no sé quién es usted, pero yo reconocí su voz... —dijo Yarrow, furioso.

—Un tal Cargyll también oyó la misma voz, pero se confundió. ¿No es así, Hilda? ¿Ya no te acuerdas de la visita que te hicieron dos rufianes llamados Morris y Shaylon?

Ella apretó los labios, sumida en un desdeñoso silencio.

—La voz es de una buena amiga mía —continuó Dannon—. Y yo les he convocado aquí, quizá un poco anticipadamente, aunque no mucho. Esta hermosa mujer y su padre pensaban liquidarlos a todos, para no tener que repartir el botín.

—Rodwill murió —gritó Windle.

—Está vivo —afirmó Dannon.

—Sí, estoy vivo —corroboró el aludido, surgiendo de repente por otra puerta.

* * *

Hubo un momento de silencio. Alguien se movió, pero la pistola que empuñaba Rodwill mantuvo paralizados a todos los componentes del grupo.

—Dannon, usted ha sido una piedra en mi camino —dijo—. Tengo que apartarla de una vez.

—También apartará a Fay Loomis, la hija del hombre que murió en el asalto al camión blindado, ¿no es así?

—Pero, ¿cómo puede estar vivo ese hombre? —gritó Yarrow—. Todos recibimos la noticia de que había muerto en la cárcel...

—Se sintió enfermo del corazón. Su delito no era demasiado grave y un abogado consiguió del juez permiso para el traslado a la clínica del doctor Morteusen, en el mismo Ossining. Alguien recibió un buen puñado de

dólares y comunicó a la penitenciaría el fallecimiento de Rodwill. Aquella misma noche, un coche funerario se llevó un ataúd ocupado por este hombre. Luego se dejó bigote y adoptó la identidad de Bert Sánchez. Entonces, seguramente, pensó que era una tontería repartir el dinero con sus antiguos compinches, a quienes, previamente, había aconsejado se fueran al extranjero una temporada.

—Y ordenó asesinar a Cuthson y a Stillmson —exclamó Salter coléricamente.

—¿Por qué no siguió con nosotros? —quiso saber Kells.

—En cierto modo, es un poco tacaño. Había empleado a un individuo seguro, pero que cobraba carísimo por sus servicios —explicó Dannon—. Siete asesinatos le iban a costar casi cien mil dólares, de los que guardaba del botín obtenido. Así que se contentó con hacer matar a dos de ustedes, seguro de que los demás volverían al país y él conseguiría reunirlos, eliminándolos así de una vez y por un método sumamente barato.

—Sabe usted muchas cosas —dijo Rodwill hoscamente—. ¿Cómo lo averiguó?

—Usted mató a Jerquod. Ya no le interesaba que siguiera trabajando para usted. Podía representarle un peligro más adelante. Yo estaba allí y, antes de que llegase la policía, registré su portafolios. Jerquod conservaba los radiogramas recibidos de un «director de empresa». Usted había sido un alto ejecutivo de la Truck Security. Empecé a pensar... un amigo mío detective investigó... y aquí estamos.

—Una explicación muy interesante —comentó Hilda—, pero no servirá de nada, Cliff. Mi padre tiene una pistola.

—Sí, me matará a mí —respondió Dannon tranquilamente—, pero no podrá hacer lo mismo con cinco hombres. Ninguno de ellos abrirá ya la caja con la trampa explosiva.

—¿Cómo sabe usted que hay ahí una trampa? —preguntó Kells.

—Por pura deducción. Primero quiso matar a la hija de Loomis con unos cables eléctricos en la bañera. Falló por pura suerte de la chica. A mí también me puso una trampa explosiva. Luego, él y yo nos peleamos cuando le descubrí poniendo un paquete de dinamita en el motor del coche de Fay Loomis. Sabiendo que quería eliminar a los cinco, el resto es fácil de imaginar. Matarlos uno a uno sería costoso, complicado y, sobre todo, peligroso. Era mejor hacerlo de una vez... un solo golpe... y todos ustedes, «¡boom!», volando por los aires.

Dannon se volvió hacia la joven.

—¿No era ese vuestro plan, Hilda? —buscó la corroboración de sus afirmaciones.

Los ojos de Hilda brillaban demoníacamente.

—Papá, mátalos —dijo con salvaje acento de odio.

De repente, sonó un disparo.

Rodwill se tambaleó, con la sorpresa pintada en el rastro. Alguien disparó otra vez y la bala se le llevó media cara. Un instante después, Rodwill se desplomaba fulminado.

—¡Quietos! —gritó una voz—. ¡Que no se mueva nadie!

Kowson entró en la casa, seguido de un sujeto alto y robusto. Lleno de furia, Salter trató de sacar un arma, pero el pistolero le disparó dos veces al estómago.

Salter se desplomó chillando. Kowson dio una orden:

—Atrás todos —dijo—. Sepárense de la mesa.

Dannon obedeció. Los demás, aturridos, retrocedieron, sin atreverse a reaccionar.

—De modo que ha venido por el botín —dijo Dannon tranquilamente.

Kowson sonrió.

—Han sido muchos meses de esperar —contestó—. Ya es hora de que empiece a disfrutar de los beneficios de saber tener paciencia.

—No lo dudo, Lattie. Oiga, ese tipo que le acompaña, ¿es el compinche de Jack *el Ruso*?

—¿Tiene eso mucha importancia? —preguntó desabridamente el mencionado.

—Hombre, sólo era curiosidad —respondió Dannon—. ¿Qué me dice usted, Kowson?

—Es un muchacho fiel —dijo significativamente el dueño de The Fire Sword.

—Yo nunca lo he visto allí —indicó Fay.

—Seguramente, Jack y Duke, porque ya no me queda

la menor duda de que ese tipo es Duke, no iban nunca por la sala de fiestas. A Kowson no le convenía que la gente conociese a dos de sus «empleados especiales», para que no supiesen su relación con los tipos encargados de quitar de en medio a las personas que le estorbaban. ¿Me equivoco, Kowson?

—¿Espera que le diga que sí? —preguntó Kowson hostilmente.

—Ya lo ha dicho.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Kowson dio una orden:

—Duke, carga con esa caja. Yo los mantendré a raya.

—¡No! —gritó Hilda, furiosamente.

Kowson la apuntó con su pistola.

—Una sola palabra más y te quemaré a tiros esa cara tan bonita —amenazó rudamente.

Hilda se calló en el acto. Duke agarró la mesa-maleta con ambas manos.

—Kowson, un momento —solicitó el abogado.

—¿Qué quiere ahora, Dannon?

—¿Por qué mató a Yarrow? Es decir, lo hizo matar...

—No estoy dispuesto a darle explicaciones, Dannon.

—Quizá yo pueda hacerlo —intervino Brigh Yarrow—. Es muy posible que ese tipo y mi hermano se disputasen la piel del oso, antes de haberlo cazado. Mi hermano, estoy seguro, le dio muchos y valiosos informes, pero también debió de exigir una mayor participación en el negocio. A Kowson ya no le interesaba un socio demasiado exigente y por eso lo quitó de en medio, con la supuesta excusa de la venganza.

—Una explicación muy lógica —convino Dannon.

—Señor Kowson —llamó Fay.

—¿Qué quiere usted ahora? —rezongó el aludido.

—Oh, nada, nada, simplemente, saber si piensa marcharse con el dinero, esconderse en alguna parte...

—Claro —sonrió Kowson—. Claro que me iré..., ¡para siempre!

—¡No lo dúde! —exclamó Hilda.

—¿Y me quedaré sin empleo? —preguntó Fay, afligida.

Kowson soltó un bufido.

—¡Vámonos ya, Duke!

Desde la puerta, Kowson lanzó su última amenaza:

—¡No intenten seguirnos o lo pasarán muy mal!

Los dos hombres corrieron hacia el vehículo que les había llevado hasta allí. Dannon reparó entonces en que se trataba de una pequeña camioneta tipo rural, descubierta. Posiblemente; Kowson había pensado que el botín no cabría dentro de un automóvil corriente.

Duke puso la maleta en la plataforma de carga, a la que se encaramó Kowson en el acto. El mismo Duke se encargó de conducir.

La camioneta arrancó en el acto. Yarrow y sus compinches salieron fuera de la casa, intentando lanzarse en persecución de los fugitivos.

—¡No lo hagan! —exclamó Dannon.

Cuatro rostros masculinos se volvieron hacia él. Por primera vez desde que había iniciado su intervención en el caso, Dannon tenía una pistola en la mano.

—El dinero no va en la maleta de *picnic* —añadió.

—Pero, entonces... —exclamó Haid, aturdido.

Los ojos de Dannon se fijaron en la camioneta, que ya acometía la pendiente de la ladera, a unos quinientos metros de distancia. Súbitamente, el vehículo se convirtió en un volcán.

Un enorme fogonazo brilló sobre la camioneta, que inmediatamente se deshizo en mil fragmentos. Chorros de gasolina ardiendo se esparcieron por todas direcciones. Un cuerpo humano, envuelto en fuego, rodó por el suelo.

El estampido llegó un segundo más tarde, semejante al estruendo de

cien cañones disparando a la vez. Arriba, en lo alto de la loma, un coche negro se detuvo en seco, sorprendidos sus ocupantes por la tremenda explosión que se había producido a unos cuatrocientos pasos por delante de ellos.

—Se ha perdido todo el dinero —gimió Windle.

—Nada de eso —contradijo Dannon—. El dinero está aquí, en la casa, y la señorita Rodwill sabe dónde está. - Por qué se creen que trató de impedir que Kowson se llevase la mesa de *picnic*? Solamente trataba de engañarle, simulando una resistencia que estaba lejos de sentir en la realidad. Kowson ha querido abrir la maleta y entonces ha explotado la bomba que debía matarles a todos ustedes.

Se volvió hacia la joven.

—¿No es verdad, Hilda? —preguntó.

El rostro de Hilda era una máscara de furia infinita. Dos de los hombres avanzaron hacia ellos, pero Dannon los detuvo con una seca orden:

—¡Quietos! No intenten moverse; si no veo mal, un coche de la policía viene ya hacia la casa.

Los hombros de Hilda se hundieron repentinamente. En aquel momento comprendió que su derrota era inevitable. Ya no disfrutaría del botín por el que tan dura y cruelmente había luchado durante años.

* * *

Esposados de dos en dos, los antiguos asaltantes del camión blindado de la Truck Security, debidamente escoltados, se dirigían a los coches policiales. Hilda fue la última en partir. Ni siquiera miró a Dannon al pasar por su lado.

Fay sintió una vaga compasión por ella. En cierto modo, la comprendía. Pero tampoco podía olvidar que su padre había muerto, por la codicia de unos desalmados.

Años antes, un hombre había empezado a planear el robo, lenta y pacientemente, aprovechándose de su elevada posición en la compañía. Durante meses enteros, había reunido cantidades de dinero, hasta alcanzar la meta propuesta. Todo había sido inútil; ya no disfrutaría de su botín.

Así pensaba Dannon, mientras el teniente Mykers le daba vagas explicaciones sobre su pequeño retraso, que había costado la vida a dos asesinos. Dannon no hacía demasiado caso a su amigo.

Un agente uniformado salió de la casa.

—Hemos encontrado el dinero, teniente —anunció.

—Gracias, voy allá —contestó Mykers.

Dannon y Fay quedaron solos.

—Fay, antes has dicho algo que me ha preocupado mucho —exclamó él de repente.

—No recuerdo... ¿Qué es?

—Te has quedado sin empleo, mujer.

—Oh, sí, es cierto. ¿No tienes uno bueno para mí?

Dannon sonrió a la vez que le pasaba el brazo por los hombros.

—Sí —contestó—. Tengo un buen empleo para ti. —Y añadió—: De los que duran toda la vida. ¿Lo aceptas?

Fay sonrió y dijo:

—¿Quién podría negarse, Cliff?

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

**Se complace en recomendar a
sus lectores la colección**

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

**en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras
de**

«CIENCIA FICCION»

**debidas a la pluma de los au-
tores que mayor éxito han ob-
tenido entre los aficionados a
este género**



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España